

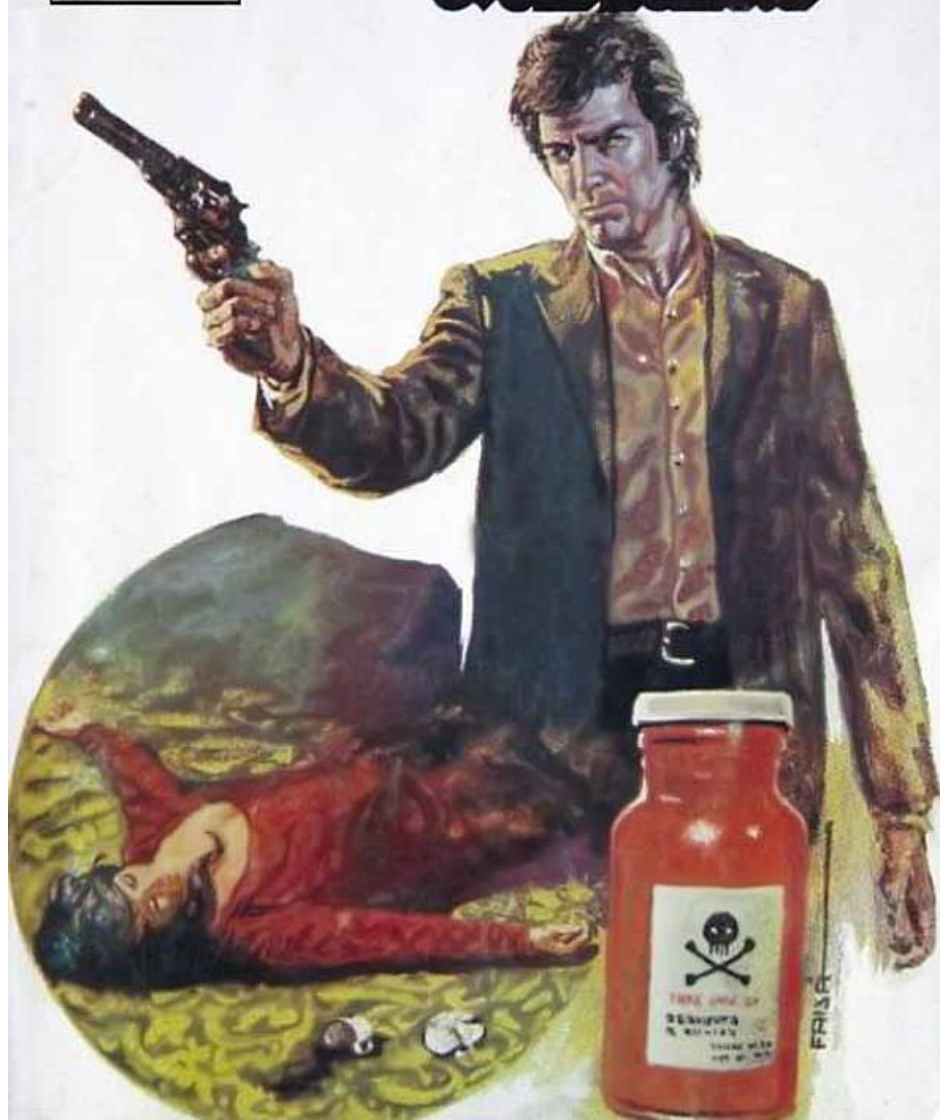
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

VEGETALES ASESINOS

Curtis Garland



Matar era su oficio.

Y era un buen profesional. De los mejores. Frío, eficiente, seguro de sí mismo, lúcido y práctico. Parecía un ejecutivo, elegante y de inmejorable presencia. Un buen traje gris azulado, de impecable corte, maletín plano de aluminio recubierto de piel, gafas de sol con montura metálica, aire impersonal y sonrisa fácil. Justo lo que cualquier empresa espera de un buen empleado; lo que cualquier cliente desea de aquella persona con quien ha de tratar de negocios.

Sin embargo, no se dedicaba a seguros de vida ni a vender terrenos o fincas. Tampoco representaba a ninguna firma de automóviles o de joyería. Ni tan siquiera a una entidad bancaria o a una firma de ventas a plazos. Su trabajo era asesinar. El crimen era su profesión.



Curtis Garland

Vegetales asesinos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1652

ePub r1.0

Lds 18.02.19

Título original: *Vegetales asesinos*

Curtis Garland, 1982

Cubierta: S. Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Matar era su oficio.

Y era un buen profesional. De los mejores. Frío, eficiente, seguro de sí mismo, lúcido y práctico. Parecía un ejecutivo, elegante y de inmejorable presencia. Un buen traje gris azulado, de impecable corte, maletín plano de aluminio recubierto de piel, gafas de sol con montura metálica, aire impersonal y sonrisa fácil. Justo lo que cualquier empresa espera de un buen empleado; lo que cualquier cliente desea de aquella persona con quien ha de tratar de negocios.

Sin embargo, no se dedicaba a seguros de vida ni a vender terrenos o fincas. Tampoco representaba a ninguna firma de automóviles o de joyería. Ni tan siquiera a una entidad bancaria o a una firma de ventas a plazos. Su trabajo era asesinar. El crimen era su profesión.

Esta noche, la tarea no era muy diferente a la habitual. Tenía un contrato firmado. Un nombre, una dirección, una fotografía. Era suficiente. Todo lo que necesitaba para cumplir su siniestra misión.

En el Banco figuraba ya el cincuenta por ciento de la suma estipulada por esa clase de trabajos. El otro cincuenta por ciento sería ingresado justamente a las doce horas de conocerse la suerte de su víctima. Ellos nunca fallaban. No les convenía. Eran serios, infalibles. El también tenía que serlo. Formaba parte del convenio.

En alguna parte del país, una familia esperaba su regreso.

Ni su mujer ni sus hijos sospecharían que él era un profesional del crimen. Sólo sabían que había un viaje, un cliente, una comisión. Lo de siempre. La verdad del oficio quedaba entre él y la organización. Era la clave del éxito en esa clase de negocios.

Detuvo el coche frente al jardincillo, las extensiones de césped y los setos. Algo más allá, tras los globos de luz de dos farolas de

alumbrado público, estaba el edificio señalado. El 1480 de Sycomore Avenue. La casa. Los sicomoros que daban nombre a la calle formaban hilera en sus amplias aceras con un badén tras otro para dar paso a los automóviles hacia sus respectivos garajes. Era una buena zona residencial. Cara y selecta. Su víctima debía de ser alguien.

Nunca sabía gran cosa de sus víctimas. Era lo mejor. Ni nombres ni apellidos, a ser posible. Ni tan siquiera profesiones. Un rostro y un lugar. Eso era siempre preferible. No tenía nada contra ellos. No quería volverse sentimental un día y fracasar. Si no lo hacía él, otro tomaría su trabajo. Y la organización no sólo prescindiría definitivamente de él. Las personas de su oficio siempre saben demasiado, por poco que sepan. Y esas cosas sólo tienen un modo de arreglarse.

Era mejor trabajar y nada más. A veces conocía el nombre de la persona elegida, bien por necesidad imperiosa o por ser demasiado conocida del gran público. Esa clase de trabajos no terminaban de gustarle. Prefería el anonimato. Un hombre o una mujer. Un disparo certero o un explosivo adecuado. Y punto final.

Esta vez no sabía nada de nada. Sólo eso: Sycomore Avenue 1480. Y una fotografía: la de un hombre rubio, medio canoso, joven aún, atlético y risueño. Veinte mil dólares por el trabajo. Diez mil ya cobrados. Diez mil después. Como siempre.

El asesino abrió la portezuela. Miró a ambos extremos de la avenida. Desierta, silenciosa. Un par de minutos antes se había cruzado con un coche patrulla de la policía. Tardaría al menos media hora en pasar. Era lo habitual.

Media hora era mucho tiempo. Suficiente para él. Estaba acostumbrado a trabajar de prisa. Esta vez no sería una excepción. No tenía por qué serlo.

Abrió su maletín de ejecutivo. No llevaba dentro ningún *dossier* ni folio mecanografiado. Nada de eso. Su interior estaba bien aprovechado. Sobre un lecho aterciopelado, esponjoso, las piezas de un arma potente, ligera y eficaz. Mitad pistola, mitad rifle. El cuerpo de una Walther de potente calibre, una culata adaptable, un cargador de proyectiles especiales, un silenciador, una mira telescópica de pequeño tamaño... y dos cápsulas explosivas de nitroglicerina, en un recipiente especial, dotado de suspensión

especial para evitar riesgos irreparables. Era su arsenal portátil Sus «herramientas» de trabajo.

Preparó el arma, encajando la culata en la pistola. Ajustó el peine de balas especiales explosivas. Un impacto de aquellos proyectiles podía bastar, si el punto elegido era el adecuado. Al reventar la pieza de metal, producía desgarros fatales en la víctima, si el balazo no era de por sí mortal de necesidad. Cosa que, por otro lado, acostumbraba a ser así cuando un hombre como él disparaba.

Salió del coche. Cruzó la calle, con su maletín en una mano, y el arma bajo su americana bien cortada, sujeta por el otro brazo. Llegó ante el alto seto que separaba la acera de la zona ajardinada de su víctima. Vio luces en la casa. Torció el gesto.

No le gustaba matar a un hombre si estaba rodeado de la familia. Los niños, la esposa, el televisor encendido... No, eso no estaba bien. Respiró con alivio al notar que no había nada de eso en aquella casa. Vislumbró un cuerpo espléndido de mujer, con un corto batín de seda mal anudado a la cintura. Llegaba por medio muslo de su dueña, y un opulento seno escapaba a medias por la abertura de la prenda. Calzaba chinelas.

Un hombre la contemplaba, a la luz de una lámpara de pie con pantalla color naranja, sentado en un sofá, en mangas de camisa, sonriente y con un alto vaso de licor con hielo en su mano. No era la actitud habitual en un matrimonio, pensó.

La mujer se soltó el batín, dejándolo resbalar a lo largo de su cuerpo. Una desnudez casi absoluta —llevaba por toda prenda debajo un breve *slip* color fresa— asomó entonces. Era una real hembra. Formas sinuosas, carnes firmes. Rostro sensual. Mostró la punta de su lengua, maliciosamente, al hombre alto, rubio canoso, sentado ante ella. Amantes, pensó el asesino fríamente. Era fin de semana. Quizá la familia estaría fuera de la ciudad. Y él se divertía con su secretaria, su doncella o una fulana cualquiera, quizá una vecina, simplemente. Fuese como fuese, eso resultaba preferible. Nada de sensiblerías. Ningún factor emotivo por medio.

Se abrió paso entre los setos. Pisó el césped y se aproximó a la casa. El silenciador ya estaba ajustado. La mira telescópica también. No iba a disparar de cerca. Sólo estaba explorando la zona para tomar el emplazamiento adecuado. Miró en derredor, tras otra ojeada a la ventana iluminada. Tras el sofá se veían las piernas

desnudas de la mujer, en alto. A él ni siquiera se le podía distinguir.

El visitante nocturno fijó su mirada en una cercana estructura situada frente a la Ventana de luz. Era un invernadero. Desde él era fácil regresar al coche en pocos segundos. Y la visión desde su tejado sería perfecta.

Agazapado, avanzó por el jardín. Vio una escalera arrinconada contra un muro de la casa. La tomó, apoyándola cuidadosamente contra el invernadero. Luego se encaramó, alcanzando el borde de su techumbre de vidrio y plástico, que procuró no pisar, manteniéndose quieto en el estrecho filo de su estructura metálica. Desde allí, miró a la ventana.

Era perfecto.

La visión de la ventana resultaba ideal. La mujer, desnuda, estaba tendida sobre el hombre, que la abrazaba, olvidado de su vaso de licor y de todo lo que no fuese su mórbida compañera. Con fría, total indiferencia ante aquella escena procax, el asesino se dispuso a esperar.

Las cosas se adelantaron. El hombre rubio había apartado a la mujer. Se incorporó. Iba a apagar la luz de la lámpara, situada a poca distancia del sofá. Por unos segundos, su figura, con la camisa sin abotonar, fue visible para el profesional.

Era suficiente. Alzó rápido el arma. La apoyó en el antebrazo, miró por la lente telescópica. El cuerpo estaba justamente en la conjunción de las líneas perpendiculares. Apretó el gatillo.

Fue apenas un chasquido seco lo que brotó del arma. Allá, en la casa, se quebró la vidriera, justo cuando él presionaba el botón de la luz y la oscuridad se hacía en la sala.

El asesino sabía que había hecho blanco. No necesitaba siquiera oír la voz femenina, el grito que escapó de labios de la mujer momentos más tarde, cuando ya él saltaba ágilmente a tierra, flexionando sus piernas para amortiguar el impacto.

Maldijo entre dientes al arañarse en un arbusto de los que formaban enredadera en torno a los muros cristalinos del invernadero. Notó que se desgarraba la piel en su mano derecha, y unas leves gotas de sangre brotaban del corte. Pero eso fue todo.

Echó a correr, agazapado siempre, en dirección al coche. Dentro de la casa sonaban ya los gritos histéricos de ella. Evidentemente, ya había advertido la compañera de su víctima lo que sucedía.

Cruzó la calle a la carrera, alcanzó su coche, subió a él y lo puso en marcha sin pérdida de tiempo. Momentos más tarde, se alejaba de la escena del crimen sin prisas aparentes, como si fuese simplemente un transeúnte que cruzase de forma casual por aquella zona. La casa quedó atrás. La mujer seguía chillando, presa de un ataque de nervios.

Le escocía la mano. Mecánicamente, la llevó a su boca, y la humedeció con saliva, notando cierto alivio. Luego, la rodeó con un pañuelo al advertir que el arañazo en la planta había sido algo más profundo de lo que pensara. De todos modos, no era sino un rasguño sin importancia.

No se sentía particularmente feliz por haber realizado su tarea. Era un profesional y debía cumplir siempre su labor sin fallos. Es lo que esperaban de él. Simplemente eso.

Ya estaba hecho. Alguien respiraría tranquilo dentro de poco, cuando supiera que el hombre de Sycomore Avenue 1480, fuese quien fuese, estaba muerto.

Y él, dentro de doce horas, tendría diez mil dólares más en su cuenta corriente. Ya podía volver tranquilo a su casa.

* * *

El teniente Barrows, de la Brigada de Homicidios, se frotó el mentón, pensativo, mientras volvía a tapar el cadáver. Luego dirigió una mirada de soslayo a la mujer que sollozaba, encogida en el sofá, envuelta en un albornoz de baño, color naranja, con el cabello negro intenso y la piel bronceada. Parecía tener unas formas mareantes, pensó el policía, combatiendo así su rígida moral puritana de modo instintivo. Luego carraspeó, tratando de alejar de sí esos pensamientos pecaminosos y pudo hacer un comentario en voz alta, algo adusto:

—El que disparó sabía bien cómo hacerlo. Es un blanco preciso: un balazo en la nuca, justo en la base del cráneo. De arriba abajo. Destrozó vértebras y parte del encéfalo. Un tiro mortal de necesidad.

Dirigió sus ojos al vidrio roto de la ventana. Sus ojos siguieron una línea imaginaria, una diagonal hacia el punto concreto: el tejadillo del invernadero. Y una escalera adosada al mismo.

Otros agentes, unos uniformados y otros de paisano, recorrían la casa. Fotografías y pruebas dactilográficas en muebles y objetos, formaban la rutina de la inspección ocular. Un forense se ponía el sombrero en el vestíbulo, tras revisar al cadáver. El teniente fue a su encuentro, cruzando la estancia con larga zancada.

—Supongo que esa bala causó su muerte, ¿no? —preguntó el policía, por preguntar algo.

El forense afirmó con la cabeza. Su informe no tuvo dudas:

—Hasta la autopsia, no se puede decir más. Pero imagino que eso será todo. Un balazo certero en la nuca. Debió morir en el acto. La bala parece de calibre 45, pero eso lo sabrá mejor Balística que yo, teniente.

—Ya —asintió Barrows, reflexivo—. Un feo asunto, doctor.

—¿Feo? ¿Por qué? Parece un crimen vulgar. Obra de profesionales, eso sí.

—Y tan profesionales. Un disparo a distancia. Al menos, a cien yardas. Posiblemente desde ese invernadero.

—Entonces, ¿dónde está lo feo? Tendrá usted docenas de asuntos parecidos. Hoy en día, cualquiera puede disponer de un arma para disparar a distancia con precisión. Estamos en un mundo de locos.

—No me refería sólo a eso, doctor. Se trata del hombre que ha sido víctima de este crimen.

—Por la casa y la forma en que vivía, parece importante. ¿Quién era?

—Norman Beswick. Funcionario del Gobierno Federal.

—Oh, un tipo del Gobierno... Entiendo su problema —el médico torció el gesto. Al escuchar los sollozos en el *living*, hizo un gesto expresivo de cabeza—. Su esposa, supongo...

—¿Esposa? Ésa es otra —se quejó amargamente el oficial de Homicidios—. Es una fulana. Su amante.

—Cielos, no —el médico enarcó las cejas—. ¿Y él... es casado?

—Por supuesto. Y con tres hijos. El mayor, de seis años. El menor, de tres.

—¿Y la familia?

—Fuera. Pasando el fin de semana en San Diego —se lamentó el teniente.

—Ya. Y ella... ¿quién es, exactamente? ¿Una profesional?

—Una vecina. Buen lío, ¿eh, doctor? Estaba con Beswick cuando le mataron. Sufrió un desvanecimiento. Un vecino vio salir a un tipo de la propiedad, con un arma en la mano, algo parecido a un rifle de cañón corto o cosa parecida, tras escuchar un ruido de vidrios rotos y el grito de la mujer. Telefoneó a la policía. La patrulla encontró a la mujer inconsciente, cerca del cadáver. Ésa es la historia. Ahora la vecina no puede librarse del lío ni librar al muerto. Y nosotros tampoco.

—¿Sospechan de ella acaso?

—No. Pero era la única persona que estaba con él al morir. Esto no se le podrá ocultar a la esposa, por muy penoso que resulte. Ella dice que Beswick acababa de levantarse del sofá a apagar la luz. Cuando pulsó el interruptor, apagándola, coincidió con el ruido de vidrios rotos y su caída. En ese momento debieron acertarle de lleno. Un impacto certero. Demasiado certero. Supongo que de un profesional. Los hechos parecen confirmar la versión de la mujer. Que, por cierto, estaba desnuda en la moqueta cuando llegó el coche patrulla...

—Ya veo. Un funcionario del Gobierno, asesinado mientras estaba con una amante, en ausencia de su esposa e hijos —rió entre dientes el forense, camino de la salida—. No le envidio la papeleta, teniente. Va a tener que lidiar con demasiados problemas.

Ceñudo, el teniente Barrows vio salir de la casa el médico legal. Regresó, pensativo, al interior de la estancia escenario del crimen. Volvió a mirar hacia el jardín, al invernadero. De allí regresaba en ese momento uno de sus hombres, con una bolsa de plástico en su mano.

—Había residuos de un barro rojizo en el borde del tejadillo del invernadero, teniente —explicó—. Y unas hilachas de tela, posiblemente algodón, en los espinos de la enredadera que crece pegada al muro del invernadero, así como residuos de algo que podría ser piel humana. Lo llevaré a analizar.

—Muy bien —aprobo el teniente—. ¿Nada más?

—El mismo barrillo rojo en los peldaños de la escalera de mano. Seguramente alguien subió al tejado para disparar sobre la víctima. La trayectoria coincide totalmente.

—Lo suponía. Bien, creo que hay que seguir los trámites adecuados. Informaremos a la familia y al Gobierno. Ni siquiera

sabemos qué clase de actividad desempeñaba el tal Beswick para Washington...

El teniente Barrows ignoraba que su informe inmediato al FBI y al Gobierno iba a levantar una auténtica polvareda en determinados estamentos de las altas esferas federales de la nación...

CAPÍTULO II

—¿Norman Beswick asesinado? ¡Cielos, no, eso no es posible!

—Vaya si lo es. Acaban de informar oficialmente del Departamento de Homicidios de Los Ángeles. No hay la menor duda sobre ello, señor.

Lloyd Baxter se puso en pie, casi airado, paseando por el suntuoso despacho, moderno y aséptico, en que tenía sus actividades. Frente a él, su visitante, Bruce Allyson, se limitó a permanecer respetuosamente callado, a la espera de la reacción de su interlocutor a los informes que acababa de facilitarle.

—Dios mío, no... —masculló entre dientes Baxter, batiendo impaciente sus manos cruzadas a la espalda—. Esto puede ser un desastre, un gran desastre, Allyson.

—Cierta, señor. Todos sospechábamos que Beswick podía ser vigilado de cerca, e incluso correr algún riesgo. Pero un asesinato... La verdad, no puedo entenderlo.

—Tampoco yo. Pero la evidencia es clara. Según la policía, ha sido un profesional quien cometió el asesinato; ¿no es cierto, Allyson?

—Así lo ha confirmado la policía. Un solo impacto de bala, justamente en la nuca, a través de la vidriera del *living*, en la noche, y desde una distancia aproximada de cincuenta a setenta y cinco yardas. Casi seguro desde el tejadillo de un invernadero de su propiedad.

—Ésa es mucha distancia para un aficionado. Tuvo que ser, ciertamente, un profesional, mi *Querido* Allyson. Pero ¿quién le contrató para matar a Beswick?

—¿Y lo pregunta precisamente usted, señor? —sonrió tristemente Allyson.

—No quisiera pensar que este crimen... tiene algo que ver con..., con nuestro asunto, Allyson.

—¿Por qué no? Sería cerrar los ojos a la realidad. Ambos sabemos lo que está en juego. Y ellos también. Sus mecanismos de información nunca fallaron por mucho tiempo, nos consta.

—¿Cree..., cree que es cosa de ellos? —dudó Lloyd Baxter, con rostro preocupado.

—¿Y usted qué cree? —contraatacó vivamente Allyson.

El otro guardó silencio. Por unos momentos pareció abatido. Se sentó lentamente tras su amplia mesa de trabajo, de transparente y sólida superficie cristalina. Parecía repentinamente anonadado.

—Tiene razón, amigo mío —murmuró—. Quiero cerrar los ojos a la realidad, y es tan vano como contraproducente. Tiene que ser así. Han detectado la Operación Omega 11.

—Evidente, señor. Es lo que pensé apenas me habló de todo eso el oficial de Homicidios de Los Ángeles.

—Hay que hacer algo, Allyson, pero ¿qué?

—Ante todo, evitar que la prensa y otros medios de información relacionen a Beswick con el Proyecto Z.

—Pero pronto sabrán que Norman Beswick era, en realidad, un investigador bacteriológico al servicio del programa del Gobierno para nuevas armas químicas...

—Eso puede evitarse fácilmente. Es top secret, señor. La policía se verá obligada a guardar silencio si se le exige así. Mientras los periodistas no aireen el asunto, nadie tiene por qué relacionar a la víctima de ese crimen con nuestras actividades en la Base Zeta. Ni tan siquiera deben saber que existe una Base Zeta, usted lo sabe bien.

—Es cierto —suspiró Baxter—. Pero no es justo que en una democracia, cosas así sean ignoradas por el pueblo y...

La risa nerviosa y sarcástica de su visitante interrumpió al alto funcionario del Gobierno. Allyson se inclinó hacia su interlocutor, diciendo escuetamente, con tono muy significativo:

—Ambos sabemos bien, señor, que todo eso son utopías, aquí o en cualquier otro país del mundo, por libre que aparente ser. Existen cuestiones altamente confidenciales que no deben nunca trascender. Basta con exigir discreción a cualquier precio, ¿comprende, señor? A cualquier precio... Para eso tenemos una

perfecta y bien disciplinada organización, que se limita a hacer cumplir las órdenes de máxima seguridad. Y me temo que este asunto es de la máxima seguridad para todos.

—En efecto, Allyson —tuvo que admitir sombríamente Baxter—. Para todos...

Y alargó su mano, pulsando una tecla roja de su intercomunicador. Aquello significaba que un mecanismo frío, implacable y de la mayor precisión iba a ponerse en marcha de inmediato, para impedir que nadie relacionase la muerte violenta de un hombre llamado Norman Beswick con ciertas investigaciones bacteriológicas del Gobierno, y con un lugar ultrasecreto, en California, conocido como Base Zeta en lenguaje clave.

* * *

El teniente Barrows miró fríamente a su interlocutor. Luego negó con la cabeza, enfático.

—Lo siento, Killard. No hay novedad alguna en el caso Beswick.

—¿Seguro? —dudó su visitante, mirándole con cierta ironía al enarcar sus rubias cejas—. Me extraña ese comentario, teniente.

—¿Por qué ha de extrañarle? Es la pura verdad.

—Vamos, vamos —objetó el joven reportero de la

KCOP-TV,

cadena de televisión local del área de Los Ángeles—. No pretenderá decirme en serio que el asesinato de un funcionario del gobierno, por parte de un posible profesional del crimen, puede carecer de novedades importantes para nuestros espectadores...

—Pues así es. Les he enviado una circular con el informe de la autopsia y otros detalles. El lamentable hecho de que el señor Beswick estuviera con una vecina amante suya, en el momento de ser asesinado, nos obliga a ser, cuando menos, discretos y humanitarios con su familia. ¿Para qué hacer sensacionalismo de un sórdido asunto así?

—Entre otras cosas, teniente, porque éste es un país libre, porque nuestro público se merece un respeto y, por tanto, el derecho a ser informado debidamente, y sobre todo porque Norman Beswick era un empleado del Gobierno, cuyo cargo no aparece muy claramente definido, y habitualmente, los funcionarios federales no

suelen morir asesinados por un pistolero a sueldo cuando están haciendo el amor con una vecina libertina.

—Muy graciosa su forma de ver las cosas, Killard. Por algo hay quien dice en esta ciudad que su espacio de las noches es demasiado corrosivo para la moral y las buenas costumbres de nuestra comunidad.

—Las verdades siempre duelen, teniente. Y yo me limito a exponer las cosas como son. ¿Qué culpa tengo de que la víctima estuviese engañando a su mujer cuando le asesinaron, por todos los diablos? Mi programa no es la sección religiosa de los domingos por la mañana, sino un espacio de noticias sensacionalistas, usted lo sabe.

—Sea lo que sea, sólo puedo darle ésa informarán, Killard —insistió secamente el oficial de Homicidios—. Lo siento. Y ahora, si me deja resolver otros asuntos...

—Está bien, está bien —sonrió Jeff Killard, redactor y presentador del espacio de televisión de la KCOP local, llamado Sucesos de la semana, y que contaba con una amplia audiencia en toda la zona de Los Ángeles y condados adyacentes—. No insisto, teniente. Emitiré lo que sé... y lo que imagino.

—¿Qué imagina? —puntualizó fríamente Barrows.

—Muchas cosas, teniente —rió entre dientes Killard—. Por ejemplo: se rumorea últimamente que ha sido vista mucha gente forastera en determinadas zonas del sur de California, que se han visto vuelos de helicóptero fuera de lo normal en esas mismas regiones... y que hay sorprendentemente nuevas áreas limitadas, con prohibición expresa de paso, alegando ciertas prospecciones estatales no demasiado claras.

—¿Y qué? —Fruició el ceño Barrows, con aire agresivo.

—No, nada. Podría añadir que esa cuestión, unida a la presencia en nuestra vecindad, no hace precisamente mucho tiempo, de un funcionario del Gobierno cuyas actividades no están demasiado claras, y que muere violentamente a manos de un profesional, forma un extraño y misterioso conjunto de piezas que no encajan excesivamente entre sí, pero cuyas posibilidades parecen ilimitadas. ¿No cree?

—Escuche, Killard, no diga esa sarta de tonterías por su programa o...

—¿O qué? —preguntó el joven reportero con aire divertido, ante el silencio de Barrows.

—Nada —se contuvo el oficial de policía—. Diga lo que quiera. Pero recuerde que no seré yo quien le pida explicaciones por cualquier error en su programa, sino el propio Gobierno, si se ve afectado por alguna razón con sus comentarios.

—Eh, un momento —replicó vivamente Killard, frunciendo el ceño—. ¿Qué quiso decir con eso, teniente?

—No, nada, nada —insistió Barrows—. Márchese, Killard. Es todo lo que tenemos que hablar por el momento.

—Ya —caminó hacia la puerta, se detuvo un momento, frotó su mentón e insinuó con tono cauto—: ¿No está usted formando parte de un top secret federal sobre algo que no debe trascender al público?

—Le dije que se marchara —dijo, adusto, el policía. Ahora mismo, Killard.

Éste se fue sin añadir más. Sonreía con sarcasmo. Pero cuando se alejó por el pasillo, una sombra de preocupación nubló su rostro ostensiblemente.

* * *

La luz roja se encendió sobre la cámara asestada hacia él. Desde detrás de la misma, el operador hizo un gesto expresivo. Estaban en el aire.

Jeff Killard sonrió al objetivo de la cámara donde brillaba la roja luz piloto y comenzó su charla habitual sin mirar siquiera los papeles que tenía sobre la mesa. Las luces del estudio caían con fuerza sobre su rostro y sobre el fondo del decorado, que representaba, en un mapa de los Estados Unidos, la zona iluminada de California, y en ella, un punto radiante sobre el que se leía: LOS ANGELES.

—Buenas noches, queridos espectadores de este Canal —saludó con su aire cordial y amistoso que tantos adeptos le había proporcionado en su emisión Sucesos de la semana—. Aquí está de nuevo con vosotros vuestro amigo Jeff Killard, para hablaros de todas esas cosas que ocurren en nuestra ciudad, en nuestro condado, y examinarlas juntos ustedes y yo de la forma más

entretenida y detallada posible. Unos sucesos, como siempre ocurre, son pintorescos y hasta divertidos. Otros, por desgracia, tienen un matiz dramático e incluso trágico, que ensombrece la actualidad de nuestra querida ciudad notablemente. De todos ellos hablaremos con la debida atención, ayudados por los reportajes de nuestros excelentes colaboradores que, cámara a cuestas, estuvieron en el lugar de los hechos.

Hizo una pausa, removi6 los papeles, y tom6 uno de ellos, situándolo encima de los demás. La cámara se aproxim6 a su rostro hasta ofrecer en todos los televisores conectados con la KCOP-TV un primer plano del joven y apuesto reportero.

—Bien, queridos amigos —sigui6 él con su tono confidencial e íntimo, que hacía pensar a muchos espectadores que tenían en casa su visita personal y amistosa—. No podemos evitar que el primer caso a examen sea uno que permanece aún en el mayor misterio, y del que a nuestra cámara sólo le ha sido posible obtener unas imágenes de un hogar ensombrecido por la tragedia de la violencia, algo cotidiano e inevitable en nuestros días. Me estoy refiriendo, como muchos de ustedes ya habrán imaginado, a la muerte extraña de un ciudadano, convecino nuestro, a manos de un profesional del crimen. Ese ciudadano de Los Ángeles, si bien era un forastero afincado hace poco en nuestra querida ciudad, no cabe duda alguna que fue elegido para morir por alguien que pag6 a un pistolero para hacer el trabajo sucio. ¿Podría ser uno de los motivos del crimen la circunstancia de que la víctima fuese un empleado del Gobierno de los Estados Unidos?

Dejó en alto la pregunta. Mostr6 una fotografía de Norman Beswick, hacia la que «pic6» la cámara para conseguir ahora un primer plano de las manos de Killard sosteniendo la fotografía.

—Éste era Norman Beswick, funcionario del Gobierno y residente en una zona selecta de Los Ángeles —explic6—. Hombre joven, atlético y lleno de vida. Una bala asesina acab6 con él, disparada desde el jardín que luego verán ustedes en imágenes, posiblemente desde el tejadillo de un invernadero. ¿Quién dispar6 y por qué lo hizo? Hacía falta que fuese un gran tirador para acertar el blanco en movimiento, a la distancia en que lo hizo, y contando con sólo un par de segundos en que tuvo visible a su víctima. Por

tanto, pudo ser un profesional, un asesino a sueldo. Pero ¿a sueldo de quién? ¿De una persona interesada en el trabajo que Beswick pudiera hacer para el Gobierno federal, señores? Es toda una posibilidad que, con su ayuda y su paciencia, vamos a examinar en sus más mínimos detalles, tratando de llegar a una posible conclusión. Ahora, mientras ustedes se disponen a colaborar conmigo como una brigada original de detectives, a distancia, queridos amigos todos, podrán ver detalladamente el reportaje que nuestras cámaras hicieron del escenario del crimen, a pesar de las dificultades que para su rodaje han puesto las autoridades locales y la familia de la víctima. Estoy con ustedes en uno minutos.

La luz piloto se apagó. El departamento de filmaciones entró en acción, pasándose la película y fotografía de la propiedad de los Dewick en la zona residencial de Bel Air.

Jeff Killard suspiró, retrepándose en el asiento, a la espera de la reanudación de su charla. Sorprendentemente, la puerta del estudio se abrió. El jefe de programación, sudoroso y en mangas de camisa, asomó.

Jeff, un momento. Te reclaman aquí con urgencia.

—Sabes que no puedo dejar esto ahora, Matt —objetó Killard—. Sólo disponemos de tres minutos de filmación...

—Aun así, debes salir —insistió el jefe de programas—. Son agentes federales. Y es una orden.

—En mi trabajo no admito órdenes —replicó fríamente—. Ni siquiera de los federales.

—Lo siento —suspiró Matt—. Tengo orden de interrumpir el programa y suspenderlo. Te sobrará tiempo para estar fuera del estudio, te lo aseguro.

—Que tienes... ¿qué? —Enrojeció Jeff, poniéndose en pie de un salto y dirigiéndose hacia la puerta, saltando por encima de los cables de las cámaras de televisión.

—Ya te lo he dicho —murmuró su jefe—. Es una orden federal. La traen consigo, firmada por un juez federal. El programa queda suspendido por el momento. Ahora se anunciará así a los espectadores.

—¿Diciéndoles la verdad? —arrugó el ceño Jeff, furioso.

—Claro que no. Se alegrará una avería en el Estudio Seis. Y se les anunciará oportunamente la reanudación del programa en otra

fecha.

—Eso es mentira. Si el programa se interrumpe hoy, nunca se emitirá.

—Es lo que me temo, Jeff.

—¡Esto es anticonstitucional y quebranta los derechos de libertad de expresión y de opinión! ¡Es un atentado a nuestras libertades y a la democracia americana, y tú lo sabes!

Dos hombres impecablemente vestidos, como ejecutivos de una empresa de gran solvencia, asomaron en ese momento al estudio, con fría sonrisa. Uno de ellos, de gafas espejeantes a la luz de los focos de la TV, se limitó a declarar con sequedad:

—Señor Killard, cuando hay razones de Estado que exigen discreción y prudencia en la información, el Gobierno tiene derecho a impedir que ésta se difunda.

—Eso, ¿quién lo dice? ¿La Constitución o ustedes? —Se revolvió Jeff, airado.

—Nosotros sólo cumplimos lo que se nos ordena. Traemos una disposición federal, debidamente firmada, interrumpiendo este programa por resultar peligroso para ciertos secretos del Gobierno. Usted podría seguir su programa sin volver a mencionar la muerte de Norman Beswick, pero eso ya no es posible. El público se daría cuenta.

—Y han decidido quitarme el programa de un plumazo. ¿A eso se le llama libertad americana? —indagó Killard con sarcasmo.

—Piense lo que quiera. Nos tiene sin cuidado. Aquí tiene la orden federal. No puede quebrantarla, o se verá en apuros.

—Supongamos que, pese a esta orden, sigo hablando de la muerte de Norman Beswick.

—No podrás hacerlo, Jeff —negó Matt cansadamente, moviendo la cabeza de un lado a otro—. No es sólo esa orden federal. Acabamos de recibir una llamada de una alta instancia del Gobierno. No podrás participar en programa alguno de televisión hasta que se te autorice expresamente a ello.

—¿Qué? —bramó Jeff, mirando incrédulo a su jefe.

—Nos lo han ordenado. La emisora no quiere problemas con el Gobierno.

—Será algo provisional, señor Killard —terció uno de los federales—. Pronto se resolverán las cosas y podrá usted reanudar

sus actividades ante las cámaras, pero no en este momento.

—Escuchen, malditas sabandijas, siervos del demonio —se enfureció Jeff, encarándose con ellos—. No pueden silenciar a un ciudadano americano aunque quieran. Éste es un país libre, no una dictadura.

—Nadie se lo discute. Pero hay asuntos de Estado que exigen ciertas medidas.

—Mucha basura debe haber tras la muerte de Beswick para que obren así. ¿Acaso es que su asesino ha sido alguna persona pagada por el Gobierno?

—Está usted diciendo cosas muy graves e injuriosas que podrían costarle caras, señor Killard —avisó con altanería uno de los hombres del FBI—. Confórmese con permanecer silencioso durante unos días y no desafíe a su suerte injuriando a estamentos oficiales muy respetables. Ni el Gobierno, ni el FBI, ni ninguna institución federal de este país se mezcla en delitos. Sencillamente, alguien ha matado a un hombre que trabajaba para el Gobierno, como nosotros, y su trabajo forma parte de un top secret quizás vital para la seguridad de la nación. ¿Eso basta?

—No rechazó Jeff. —No es rompiendo libertades y aplastando derechos cívicos como se defiende a la nación más poderosa y libre de la Tierra, señores.

—Nosotros sabemos más de esa materia que usted. Háganos caso y no ponga las cosas más difíciles. Hasta ahora, las únicas órdenes emanadas de arriba son de que usted no hable del caso Beswick en su espacio televisivo. Es todo. Pero si se pone terco, las órdenes pueden llegar más lejos.

—Comprendo —dijo Jeff, mordaz—. Podrían asesinarme.

—Sigue usted queriendo herir con sus injurias —se irritó el de las gafas, mordiéndose el labio inferior—. Hágame caso, señor Killard. Domine su lengua y sus nervios... o se llevará un disgusto. Es todo.

Dieron media vuelta, alejándose. Jeff les vio partir, pálido y furioso. Luego se volvió a Matt.

—¿Vas a obedecer esa maldita orden? —Silabeó—. ¿Me suspendes el programa?

—No puedo hacer otra cosa, Jeff —se lamentó Matt—. Tú no has dado facilidades, precisamente, para que las cosas sean de otro

modo. Ellos no se atreverán a dejarte salir al aire con ese temperamento y esas teorías tan peligrosas, en tanto no deje de ser un asunto de Estado lo de Beswick. Créeme, es mejor que te tomes unas vacaciones y te olvides de la televisión, al menos durante una o dos semanas. No creo que dure más esta situación.

—¿Vacaciones? Eso sería muy cómodo para el FBI y para ciertas personas —gruñó Jeff agriamente—. No creo que se trate solamente de una razón de Estado por seguridad nacional. Hay algo más, y bastante más oscuro, que no me gusta nada.

—Es el FBI, Jeff. Es el Gobierno...

—¿Y qué? Incluso dentro del FBI o del propio Gobierno hay gente indigna. Ocurre en todas partes. Me han prohibido actuar en televisión y hablar a mis espectadores. Pero, que yo sepa, nadie me ha prohibido que investigue por mi cuenta y descubra toda la verdad de este feo asunto.

—Eso sería jugar con fuego y tú lo sabes. Nadie es lo bastante fuerte para enfrentarse al establishment con sus solas fuerzas. Aunque descubrieses algo, ¿qué podrías hacer con ello?

—Publicarlo en un periódico. Se matarían por conseguir la exclusiva.

—¿Y si se les prohibía publicarlo? Hay acuerdos así a veces, entre la Prensa y el Gobierno...

—Editaría un libro por mi cuenta, y eso nadie podría evitarlo —sentenció Jeff con terquedad.

—Escucha, estás haciendo de esto una cuestión de honor propio, algo personal, y no debería de ser así.

—Lo es, Matt. Dame mi liquidación para que pase por caja. Me voy.

—¿Qué dices? —Pestañeó Matt—. ¿Quieres decir que... te despidas?

—Así es.

—Jeff, por el amor de Dios, eso es una estupidez. Queremos que trabajes con nosotros, que sigas en tu tarea...

—No. Así no. Quiero contar siempre con el apoyo de las personas para quienes trabajo.

—Esta vez no puedo hacerlo. La emisora no se enfrentaría al Gobierno...

—Por eso me despido.

—¿Es tu última palabra?

—Desde luego. Quiero tener las manos totalmente libres, ser un ciudadano que pueda hacer lo que le venga en gana por su propia cuenta, sin presiones ni coacciones.

—Trabajar sólo va a serte aún más difícil...

—Me tiene sin cuidado —encajó fieramente sus mandíbulas—. Hasta otra, Matt.

—Adiós, Jeff. Y ojalá no estés cometiendo una locura —suspiró el jefe de programación—. No sé qué podremos decir a tus espectadores...

—Lo que os dé la gana. Una mentira más no empeorará demasiado las cosas.

Y salió del estudio, ante el pasmo general, cerrando de golpe la puerta.

CAPÍTULO III

Mientras en California brillaba el sol en una radiante mañana primaveral, en la ciudad de Chicago comenzaba a llover, y una sucia neblina mezclada con emanaciones industriales malolientes envolvían los edificios en una bruma pesada y triste.

La señora Graham se detuvo ante la puerta del dormitorio, con la bandeja del desayuno en sus manos, como todas las mañanas en que su marido dormía en casa, circunstancia que no era la habitual dados los frecuentes viajes de Gary Graham, a causa de su profesión de viajante de comercio, por todo el país.

Golpeó con los nudillos y abrió luego, apoyándose en el quicio de la puerta con la bandeja donde humeaba el café y ludan apetitosos los huevos con bacon.

—El desayuno, querido —dijo dulcemente, entrando en el dormitorio donde poco antes dejara, sumido en profundo sueño, a su fatigado esposo.

La noche antes se había quejado de fiebre y dolores de cabeza. Tenía vendada una mano desde su llegada del último viaje, al parecer por haber sufrido un rasguño sin importancia, aunque la última noche mencionó que le dolía bastante y tenía ardiendo la piel. Ambos cónyuges decidieron que irían esa tarde a visitar al doctor, para que examinase su herida.

Se había tomado unas aspirinas antes de dormir, y durante la noche debió conciliar el sueño profundamente, porque no había vuelto a quejarse. Ciertamente, sudó en abundancia durante los primeros minutos, pero luego dejó de hacerlo y reposó en silencio.

Dejó la bandeja en una mesita y corrió las cortinas del ventanal. Luego volvió a recoger la bandeja, avisando a su marido de nuevo, en voz más alta:

—Vamos, vamos, Gary, perezoso. El desayuno está aquí y se va a enfriar si tardas en despertarte. Hace un mal día, es verdad, pero no por eso vas a quedarte en la cama, como los niños que no quieren ir a la escuela...

Y sonrió, inclinándose sobre su marido por el lado del que él dormía, encogido entre las sábanas, que cubrían casi toda su cabeza. Con la punta de los dedos, tiró del embozo.

Un terrible alarido escapó de su garganta. La bandeja se desprendió de sus manos, estrellándose en el suelo. Los huevos, la vajilla y cuanto contenía saltó por los aires, rompiéndose vidrios y loza en mil pedazos, entre charcos de leche, café y mermelada.

Su marido, evidentemente, estaba muerto. Pero con ser eso terrible, lo peor es la forma en que había llegado la muerte.

Tenía los ojos dilatados, casi saliendo de sus órbitas, vidriosos y enrojecidos, la boca hinchada, emergiendo entre los amoratados labios una lengua también muy hinchada. La faz tenía toda ella un tinte azulado, tirante la piel, y las manos se crispaban, aferrándose a la cama, como en un supremo y póstumo esfuerzo por avisar a su esposa de lo que sucedía, sin duda cuando ella dormía más profundamente.

Aquel cadáver era la más espantosa muestra de horror y de angustia imaginable. La señora Graham, sin poder contener su profunda impresión, se desplomó pesadamente sobre los restos del desayuno.

* * *

El teniente Steve Barrows arrancó del teletipo el mensaje que acababa de llegar de la ciudad de Chicago, Illinois. Traía la etiqueta de «urgente». Procedía de la oficina de policía de Chicago. Leyó el texto, arrugando el ceño, con gesto de honda preocupación:

DENUNCIADA EXTRAÑA MUERTE DE UN HOMBRE
LLAMADO GARY GRAHAM, DE PROFESIÓN VIAJANTE DE
COMERCIO POR SU ESPOSA. ASPECTO HORRIBLE DEL
CADÁVER, CON PIEL AZULADA. REMITIREMOS INFORME DE
AUTOPSIA EN SU MOMENTO. HALLADO EN CASA UN

RESGUARDO DE UNA CONSIGNA, RESULTO CORRESPONDER A UN MALETÍN DEPOSITADO EN DICHA CONSIGNA, CON ARMAS DE GRAN CALIBRE, MIRA TELESCÓPICA Y SILENCIADOR, MUY SOFISTICADAS.

COMPROBADO QUE GARY GRAHAM ESTUVO EN LOS ANGELES EL MISMO DÍA QUE MURIÓ NORMAN BESWICK ASESINADO. RESPONDA SI INTERESA INFORMACIÓN A ESE DEPARTAMENTO.

Barrows pegó un respingo. Se volvió a su secretaria con viveza.

—¡Señorita Markham! —exclamó—. Dé inmediata respuesta a este télex y archívelo, tras sacar copia de él.

—En seguida, teniente —asintió la joven de uniforme policial que tecleaba con rapidez la máquina eléctrica del despacho del teniente de Homicidios—. Dígame el texto a transmitir.

—Es éste, simplemente: «Muy interesados en asuntos Graham, agradecemos información recibida. Comprobaremos cuanto en él se nos indica. Ténganos al corriente en todo momento. E informen al FBI sin pérdida de tiempo, por ser asunto de alto interés federal y posiblemente para el Gobierno de los Estados Unidos. Mantengan máxima reserva por el momento y no relacionen en la Prensa o cualquier otro medio de información la muerte de Graham con el caso Beswick, hasta recibir autorización del FBI. Saludos: teniente Steve Barrows, Departamento de Homicidios de la ciudad de Los Ángeles». Transmita eso en seguida, señorita Markham, y saque una copia para entregar al FBI.

—Sí, teniente —asintió ella con docilidad, encaminándose al télex, tras haber anotado con rapidez, en taquigrafía, el texto dictado por su jefe.

Mientras tanto, éste descolgaba el teléfono y pedía inmediata comunicación directa con el número especial de teléfono de la Oficina Federal de Investigación en Los Ángeles.

Momentos después, el FBI era informado de lo que sucedía en Chicago, y la máquina todopoderosa de la Oficina Federal se ponía en marcha para tratar de hallar entre ambos sucesos un posible nexo.

Aquel mismo día, horas más tarde, el teniente Barrows recibía

un informe urgente y confidencial del FBI, relativo a un supuesto viajante de comercio llamado Gary Graham, fallecido en Chicago:

Una de las armas de Gary Graham ha sido identificada sin lugar a dudas como la que causó la muerte a Norman Beswick en Los Ángeles. Los informes de Balística coinciden a la perfección.

En cuanto a la autopsia, revela fallecimiento por proceso tóxico no determinado aún. Le informaremos a ese Departamento en cuanto sepamos algo. De momento, toda esta materia es estrictamente reservada y no será dada a la publicidad bajo ningún concepto, por razones de Estado.

El teniente frunció el ceño al leer el despacho federal. No le gustaba aquello. La nota era demasiado oscura y confusa para provenir de un organismo tan minucioso y rico en medios como el federal. Una demasiado parca explicación de la autopsia y una total carencia de detalles sobre aquel presunto «proceso tóxico» que había causado la muerte al tal Graham, eran los detalles más sobresalientes y sospechosos del informe.

El teniente tenía la suficiente experiencia en su profesión para saber, a la vista de aquel mensaje, que el FBI no iba a aclarar mucho más los hechos en un inmediato futuro, ni siquiera a la policía de Chicago o de Los Ángeles, escudándose en las llamadas «razones de Estado» o la «materia estrictamente reservada».

«Esto no me gusta nada —murmuró para sí, estrujando el papel y arrojándolo a la papelera, malhumorado—. Quieren mantenernos al margen de todo, por las razones que sean. ¿Qué diablos se oculta detrás de ese Norman Beswick, asesinado en esta ciudad, y por qué los federales tratan de echar tierra a todo el asunto, sin informar siquiera a la opinión pública?».

Pero no podía hacer otra cosa. Sabía por experiencia que el FBI era un mal enemigo incluso para un oficial de policía veterano, y resultaba un pésimo negocio enfrentarse a ellos, los atildados «ejecutivos» de Washington, amos y señores de los entresijos de la investigación policial en el país.

—Archive de momento todo lo relativo al «caso Beswick», señorita Markham —le dijo con pésimo humor a su secretaria—. Creo que va a ser lo mejor que podemos hacer.

—Sí, teniente —afirmó ella con docilidad de empleada eficiente y leal.

Y tras recoger el *dossier* correspondiente y archivarlo en un mueble metálico del que sólo ella y el teniente tenían las llaves, regresó a su mesa de trabajo y siguió tecleando activamente, como si nada hubiera sucedido.

* * *

La camarera sirvió las dos consumiciones solicitadas: un café y un zumo de naranja. Luego se retiró, tras dejar el *ticket* en la mesa.

Jeff Killard contempló con aire ausente, la mirada abstraída, los movimientos sinuosos de las nalgas de la empleada, muy ceñidas por el uniforme verde, de corta falda.

—Eres una buena chica, Ada —aprobó con una sonrisa—. Pero te arriesgas mucho con todo esto.

—Lo sé —sonrió su compañera de mesa, removiendo el zumo de frutas lentamente, con la mirada fija en él—. En la vida, todo tiene sus riesgos, Jeff.

—¿Por qué lo haces? No es lo mismo que darme informes para uno de mis programas habituales de televisión. Me he despedido, ya lo sabes. Estoy cesante.

—También lo sé. Eso no cambia las cosas. Tú me pediste ninguna información sobre el caso Beswick... y yo te la traje, eso es todo.

—Gracias, Ada —suspiró Jeff Killard—. Pero al alguien supiera esto, te costaría quizá el cargo.

—No tienen por qué saberlo. Ya he cuidado de comprobar que nadie me seguía hasta aquí —confesó Ada Markham, la secretaria del teniente Barrows.

—No conoces bien a la gente que anda metida en este asunto, Ada. No son polizontes vulgares, como tu jefe o cualquier otro del Departamento. Son brillantes académicos metidos a investigadores, y respaldados por todo el aparato del Gobierno.

—De todos modos, no son invisibles. Nadie me siguió hasta aquí, estoy segura.

—Ojalá tengas razón —murmuró Killard, meneando la cabeza y contemplando el sobre de papel manila que ella acababa de darle, escrupulosamente cerrado—. ¿Está todo ahí?

—Todo cuanto ha obtenido el teniente, que no es mucho. Está

enfurecido. No le gustan los del FBI.

—A mí tampoco —rió entre dientes Jeff—. ¿Cuál es el problema de Barrows ahora?

—Hay varios: le exigen silencio, absoluta discreción. Pero se queja de que no le hacen partícipe de casi nada. No cree que le den más informes, pese a sus promesas. Te he traído un télex enviado recientemente por el F B I desde Chicago. Y fotocopias de todo lo demás —estudió pensativa y algo preocupada a su interlocutor—. ¿Crees que va a serte todo ello de alguna utilidad, Jeff?

—Espero que sí.

—¿Te dejarán investigar? Barrows es mal enemigo cuando se enfada.

—Yo también. Pero temo más a los federales. ¿Se sabe de qué murió ese hombre de Chicago, el presunto asesino de Beswick?

—Un proceso tóxico. Es todo lo que dicen ahí. No es demasiado, ¿verdad?

—No, no demasiado —admitió Jeff, arrugando el ceño—. Las cosas se van complicando extrañamente: un funcionario del Gobierno muere asesinado, el FBI prohíbe que se hable de ello en televisión, un posible asesino profesional muere en Chicago de un proceso tóxico, siendo probablemente el autor de la muerte de ese funcionario en Los Ángeles... y el FBI también pone trabas al conocimiento de todos esos hechos por parte de la policía local. Raro, muy raro. ¿Qué tratan de esconder esa gente de Washington, Ada?

—Me temo que ni siquiera el teniente Barrows lo sabe. Es todo muy misterioso.

—Demasiado, diría yo —se quedó meditando, mientras laboreaba el café—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Creo que voy a darme un paseo en breve por Chicago. Pero antes me gustaría charlar un rato con alguien que quizá pueda aclararme algo la cuestión.

—¿Quién?

—La señora Beswick. La viuda de Norman Beswick.

Era una mujer de unos treinta y dos a treinta y cinco años. Elegante, bien vestida y con un cuidado peinado. Semblante atractivo, ojos oscuros y expresión de tristeza y amargura en aquellos momentos. Vestía totalmente de gris y estaba paseando por la parte posterior de su jardín, con la mirada perdida en la distancia.

Jeff Killard no había cometido el error de dirigirse a la puerta principal de la casa. Delante de ésta, un sospechoso automóvil oscuro, de moderna factura, permanecía aparcado con un hombre al volante. Otros dos hombres, impecablemente vestidos, paseaban ante el acceso a la propiedad. Olían a federales a diez millas de distancia, pensó el reportero de la televisión, eludiendo su proximidad.

Rodeó el edificio y la manzana ajardinada, acercándose a la casa por detrás, pegado a los altos setos bien recortados. Corría el riesgo de ser confundido por un merodeador o un delincuente, pero eso le tenía sin cuidado. Los federales no le hubieran dejado aproximarse de otro modo a la señora Beswick.

Salvó los setos ágilmente al descubrir a la dama de gris paseando por el jardín, detrás del invernadero. Ella se sobresaltó al verle y estuvo a punto de gritar.

—No, por favor —rogó en voz baja Jeff, mostrándole con rapidez su credencial—. Soy sólo un periodista, no se alarme, señora.

—Salga de aquí inmediatamente o pediré ayuda —replicó ella fríamente—. No recibo a nadie. Y menos a periodistas.

—De modo que es usted la señora Beswick, sin duda.

—Sí, lo soy. Ahora abandone mi propiedad. Si doy la voz de alarma, lo va a pasar muy mal.

—Lo sé. Los federales no se andan con bromas a la hora de esconder trapos sucios.

—¿Trapos sucios? —Se sobresaltó ella de nuevo, mirando le con ojos brillantes—. ¿A qué se refiere?

—Esa gente la tiene virtualmente cautiva. Seguro que ellos la prohibieron hablar con la prensa.

—Eso no es asunto suyo —cortó la dama fríamente—. Salga de aquí, es una orden. Soy la dueña de esta propiedad y le exijo que se retire de inmediato.

—Así lo haré, señora. Pero no me gustaría tener que escribir sobre la mujer que fue hallada aquí, en compañía de su esposo, en tan trágicas circunstancias...

Ella pestañeó. Su gesto se hizo agresivo casi.

—Atrévase a eso y le demandaré por calumnias y difamación.

—No podrá hacerlo. Es la verdad. Eso no puede ocultarlo ni siquiera el FBI. Poseo información de testigos. Puedo hacer mucho daño a usted, a sus hijos, a la memoria de su esposo. Y no quisiera hacerlo, señora Beswick, se lo aseguro.

—Eso es una coacción, un miserable chantaje... —se expresó ella, furiosa.

—No, no lo es. Usted está siendo juguete ahora de la gente que está ahí afuera manteniéndola aislada. No lo hacen por razones humanitarias ni por evitarle sufrimientos, puede creerme. Tratan simplemente de que no se sepa nada de nada, que el crimen de que fue víctima se esposo quede en el silencio, de echar tierra al asunto por motivos políticos bastante oscuros. Yo sé quién mató a Norman Beswick, como lo saben ellos, pero seguro que no le han contado nada de todo eso.

—Es cierto. Pero ¿qué interés podrían tener ellos en...?

—Alta política, ya se lo dije. Y a los políticos les importa muy poco la vida humana. Su esposo trabajaba para el Gobierno. Ésa es la razón por la que se está tratando de mantener todo esto secreto, sin interés alguno en desvelar el asunto. Sólo les interesa que la gente se olvide pronto de todo ello. Incluso se da la circunstancia de que el presunto ejecutor de su esposo falleció de una rara enfermedad repentina, de naturaleza tóxica, pero no quieren revelar cuál pueda ser.

—Dios mío... —jadeó ella, mirándole preocupada—. ¿Qué quiere usted saber, en concreto?

—Lo que sepa usted sobre las actividades de su marido para el Gobierno.

—No..., no puedo hacer eso. Usted dice ser periodista. Pero podría ser... un espía, un traidor a su país.

—Le doy mi palabra de que soy tan patriota y tan americano como pudiera serlo su esposo o usted misma, señora Beswick. Claro que eso no le sirve de nada a usted, pero me bastaría saber eso para, cuando menos, tratar de indagar en qué dirección seguir

investigando hasta conocer las razones que motivaron el asesinato de su esposo.

—Sólo puedo decirle que estaba destinado aquí por el Gobierno, a causa de su trabajo en una cercana instalación secreta de la Defensa Nacional. Top secret, ¿entiende?

—Sí, entiendo. ¿Acaso experimentos nucleares o algo así?

—No, no era eso —eludió cuidadosamente la dama una respuesta concreta.

—¿Cuál era la profesión real de su esposo, señora Beswick?

—Ingeniero químico —dijo ella con rapidez.

—Químico... —repitió Jeff, meditativo—. Eso podría tener cierto sentido... ¿Tal vez trabajaba en experimentos de tipo bacteriológico, de nuevas armas químicas para el ejército, señora?

—No lo sé —cortó ella con sequedad—. El nunca hablaba conmigo de esas cosas. Era muy reservado en cuestiones profesionales que afectasen al Gobierno.

—¿Puede revelarme el lugar exacto donde trabajaba en la actualidad?

—No. No puedo. Ni yo misma estoy enterada de ese lugar. Y si lo supiera, creo que tampoco podría revelárselo a usted ni a nadie, señor...

—Killard. Jeff Killard —la estudió con fijeza—. ¿Ha pensado que esa vecina con la que su marido mantenía aparentes relaciones íntimas... podría ser en realidad una espía que buscase conocer sus secretos oficiales?

—Sí, lo he pensado —admitió ella de mala gana—. Pero eso no me alivia demasiado. ¿Va a publicar algo sobre ese escándalo, señor Killard?

—No —negó Jeff—. No lo haré, señora. Usted ha sido muy amable hablando conmigo de todo lo que realmente podía hablar sin comprometerse. Gracias por todo. No soy un buitro que se alimente de carroña, créame. Puede ir tranquila. No removeré el fondo para dañarla a usted o a sus hijos.

—Mis hijos... —repitió ella con un suspiro—. Sí, ellos son los que más sufrirían con todo esto. Ahora debo dejarle, señor Killard. Tengo enfermo a uno de ellos, con mucha fiebre. Se cayó en el jardín ayer, mientras jugaba, y quizá eso le afectó. Debo cuidar de él. El médico está al llegar. Buenas tardes, señor Killard. Y gracias.

—Gracias a usted, señora —dijo Jeff, respetuoso, iniciando su retirada.

Cuando ya llegaba al seto y ella alcanzaba la puerta trasera de la casa, se detuvo al oír la voz de la viuda, hablándole suavemente:

—Ah, por cierto, señor Killard...

—¿Sí? —Se volvió hacia ella.

—Sólo puedo decirle que cuando mi esposo se ausentaba para ir a su centro de trabajo, el cuentamillas de su coche, al regreso, marcaba aproximadamente cien millas recorridas...

—Cien millas —repitió Jeff, pensativo—. Cincuenta para ir, cincuenta para volver. Es muy amable, señora Beswick. Gracias por el informe.

Ella sonrió tristemente, y se metió en la casa, cerrando tras de sí.

Jeff saltó el seto y se alejó de la casa, rodeando de nuevo la manzana ajardinada.

Esta vez le esperaba una sorpresa. Un coche aguardaba en su camino. De él salieron tres hombres que se dirigieron hacia él en línea recta.

Sus rostros eran duros y fríos, y su expresión hostil. Jeff supo que no venían precisamente a darle las buenas tardes. Giró la cabeza, buscando una salida. Otros dos hombres caminaban a su espalda, cerrándole el paso.

Estaba metido en un buen lío.

CAPÍTULO IV

El teniente Barrows atendió al teléfono cuando éste sonó insistentemente sobre su mesa de trabajo en la División de Homicidios. Descolgó el aparato y casi mordió las palabras junto al micrófono:

—Teniente Barrows, Homicidios. ¿Quién llama?

—Chicago, señor —dijo el operador de la centralita de la policía—. Es urgente. El doctor McCoy, de Medicina Legal.

—Póngame en seguida —pidió el teniente con aspereza.

Tras una breve pausa, una voz sonó distante:

—¿Teniente Barrows?

—Sí, doctor —afirmó él—. Soy yo mismo. Esperaba su llamada.

Ada Markham alzó la cabeza y miró al teniente con fijeza, al advertir que éste conectaba el amplificador del teléfono tras colgar éste. La voz del comunicante sonó en el despacho, mientras se grababa en una cinta preparada previamente por el propio Barrows en una grabadora:

—No he podido llamarle antes. Es un asunto difícil el que me solicitó. El doctor Baldwin se ocupa de las autopsias esta semana, y no he encontrado nada sobre Gary Graham en el fichero de la Morgue. Al parecer, es un asunto confidencial.

—Sé que lo es. Hay gente interesada en que lo relativo a ese tal Graham no se propague demasiado. De otro modo, no le hubiera molestado con esta petición, mi querido amigo.

—Lo supongo. He tropezado también con reticencias y muros de silencio al buscar datos de Gray Graham y de su muerte. Pero creo haber conseguido algo, gracias a mis buenos amigos del departamento de autopsias.

—Veamos lo que es, doctor.

—Gary Graham era un hombre sano y vigoroso. Sin embargo, sufrió un rápido proceso tóxico que acabó con su vida en sólo tres días.

—¿Qué clase de proceso concretamente? ¿Qué intoxicación sufrió?

—Según todas las apariencias, una de posible tipo vírico, sumamente rápida y letal. Sufrió fuertes accesos febriles, sudoración abundante, y por fin una crisis cardíaca que le causó la muerte. Tenía la sangre virtualmente envenenada, teniente.

—Pero envenenada, ¿de qué?

—Eso es lo raro. Los médicos de la Morgue aseguran que desconocen por completo la naturaleza del posible virus. Es una enfermedad desconocida, realmente atípica. Y la forma en que le fue inoculada resulta un completo misterio también.

—¿Pudo sufrir el envenenamiento por ingestión de alimentos?

—No parece probable. Los residuos de su estómago y las mucosas estomacales e intestinales no revelan presencia de toxicidad alguna. Yo pienso, y conmigo los médicos que trabajaron en la autopsia con el doctor Baldwin, que le fue transmitida directamente por la sangre.

—¿Una inyección intravenosa acaso?

—No hay razones para suponer que fuese envenenado intencionadamente por nadie, si a eso se refiere. El único indicio de posible contagio del mal estaba en su mano derecha.

—¿Su mano?

—La llevaba vendada. Bajo los vendajes, la inflamación era grande, y mostraba un arañazo profundo, que desgarraba la epidermis y profundizaba en la carne. Ese arañazo aparecía infectado, y la mano en tomo suyo estaba amoratada y muy hinchada.

—¿Se sabe cómo se hizo esa herida?

—No. He hablado también con la señora Graham. Ella afirma que su esposo, al regreso de Los Ángeles, de su último viaje como presunto comisionista, ya traía la mano arañada y febril, ligeramente hinchada. Se quejó en dos o tres ocasiones de dolores y palpitaciones en esa mano. Luego, comenzaron los dolores de cabeza, los accesos de fiebre y todo lo demás, hasta hallarle sin vida por la mañana.

—Entiendo. —Barrows cambió una mirada significativa con su secretaria—. ¿Le dijo él dónde se había hecho esa herida y en qué forma?

—No. Le quitó importancia, diciendo que era sólo un rasguño al arañarse con una planta. Eso fue todo.

—¿No ha podido descubrir nada más, doctor McCoy?

—Nada más. ES cadáver ha sido incinerado por decisión del FBI, sin que la señora Graham pudiera decir esta boca es mía. Si había en el cuerpo alguna posible evidencia más, el fuego la ha convertido en cenizas.

—Se han preocupado de no dejar rastro alguno de ese hombre, ¿eeeh? —comentó Barrows con sarcasmo—. ¿Sabe usted si se confirmó que era un asesino profesional?

—Creo que sí. He hablado con un oficial de Homicidios de esta ciudad, y me aseguró que eso está fuera de toda duda. Pero Graham trabajaba por su cuenta, no era un pistolero de la Mafia ni nada parecido.

—Bien, doctor. Gracias por todo. Ha sido muy amable.

—No tiene por qué agradecerme nada, teniente. Le debo varios favores desde hace tiempo. Me gustaría haberle sido de más ayuda, pero hay un cerco de silencio en torno a este asunto, que no acabo de comprender...

—Yo tampoco, doctor, yo tampoco. Aquí me tiene a mí: un oficial de policía, teniendo que pedir información a viejos amigos, mientras el FBI me la niega cortés pero implacablemente.

Colgó, refunfuñando cosas contra los federales. Rebobinó la cinta grabada y la pasó de nuevo, mientras paseaba por la oficina como una fiera enjaulada. Ada Markham escuchaba atentamente la grabación, tratando de retener todos los datos en su memoria. Posiblemente a Jeff le interesaran mucho aquellos informes, pensó la joven secretaria.

—Un posible virus tóxico desconocido... —jadeó Barrows entre dientes, con gesto ceñudo—. Maldita sea, ¿de dónde pudo venir? ¿Por qué?

De momento, eran preguntas sin respuesta, incluso para la policía de Los Ángeles.

Era una perfecta emboscada.

No tenía escapatoria. Tres hombres delante y dos a su espalda. Con gesto frío y agresivo. Gente con olor a federales. Especialistas quizá en palizas a entrometidos.

—No debió meterse en una propiedad privada —sonrió uno de ellos, acariciándose los nudillos—. Es mala cosa merodear por ahí, amigo.

—Visitaba a la señora Beswick —replicó Killard—. Ella podrá confirmarlo. No soy un merodeador. Soy periodista y tengo mis derechos. Entre ellos, entrevista a personas de interés público, como la viuda de un asesinado.

—Usted no ejerce ahora como periodista —sonrió otro—. Está cesante en su puesto. De modo que eso no justifica su presencia aquí.

—Veo que me conocen muy bien.

—Mucho. Lo malo es que si sigue entrometiéndose en asuntos que no le incumben, puede llegar a resultar irreconocible hasta para sus amigos —amenazó otro.

—Váyanse al diablo. ¿Qué son ustedes? ¿Agentes del Gobierno o matones baratos? Si se atreven a pegarme, el país entero sabrá esto, no importa cómo...

No pudo hablar más de momento. Los tipos habían llegado a su altura. Le tenían acorralado contra el alto seto. Un puño se le clavó en el estómago, doblándole con un espasmo doloroso. Intentó rehacerse, pero otro puño le vino al encuentro del rostro, estrellándose contra su nariz, que empezó a chorrear sangre.

Otro le puso la zancadilla cuando intentó defenderse, y dio de bruces en tierra, no sin antes sentir un brutal rodillazo en el hígado, que le dejó sin aliento, revolcándose en el asfalto.

Una vez caído, unos zapatos pisotearon sus costillas y manos, haciéndole un daño bestial. Notó que se le iba la conciencia de la cabeza, en medio de agudos dolores, y vomitó bilis y sangre, con un jadeo.

—Ya basta —silabeó una voz glacial—. No le peguéis más. Como escarmiento, es suficiente. Espero que sea lo bastante listo como para no volver a correr riesgos, la próxima vez podría ser peor, Killard.

—Bastardos... —jadeó Jeff, convulso, mientras sus agresores se

alejaban con rápido paso, y luego sonaba el motor de un coche, alejándose del lugar—. Sucios y asquerosos bastardos, lacayos del Tío Sam...

Y se dejó caer de bruces, extenuado, mientras una sirena sonaba en la distancia, aproximándose por momentos. Tal vez algún vecino, pensó Jeff antes de desmayarse, había presenciado la paliza, avisando a una patrulla policial.

* * *

—Killard, ¿en qué líos anda metido para que le pusieran así?

Jeff le contempló dolorosamente, desde el rostro amoratado y tumefacto en tomo a su boca y nariz, se quejó al remover su cuerpo en la butaca, sintiendo el agudo dolor de sus costillas pateadas y de su hígado martilleado, y habló con voz ronca:

—Intento averiguar cosas que la policía prefiere ignorar, teniente.

—Escuche esto: he sabido por su emisora que ya no trabaja en televisión. —Barrows enarboló un dedo acusador ante él—. ¿Por qué se mete ahora en lo que no le llaman?

—Porque no me gusta lo que está pasando. Hay mucha basura en todo esto, y quienes deberían trabajar por limpiar la todavía le echan más porquería encima para asfixiar la verdad.

—¿A qué se refiere?

—Lo sabe muy bien. Al caso Beswick, Y al caso Graham, en Chicago.

—¿Por qué asoció ambos asuntos? —Pestañeó Barrows, sorprendido.

—Vamos, vamos, ¿cree que me chupo el dedo? Tengo buenos amigos en Chicago —mintió fríamente Jeff—. Tengo mis informes del asunto. ¿Usted no?

—No sé de qué me habla —replicó el oficial de Homicidios, hermético.

—Claro que lo sabe, maldita sea —refunfuñó Killard—. Todo huele a podrido aquí. Desde el asesinato de Beswick hasta el papel del FBI en el asunto. Hasta hoy, ignoraba que los chicos del Tío Sam fuesen unos simples y vulgares matones.

—¿Ellos le pusieron así? —Enarcó Barrows las cejas, perplejo.

—¿Quiénes, si no?

—¿Puede probar que eran federales?

—No me enseñaron su carnet de identidad ni pude fotografiar la escena de la paliza, si se refiere a eso. Pero sé que eran federales y eso basta. No quieren que se meta la nariz en el caso Beswick. Y yo me pregunto por qué. Primero me suprimen mi programa en la KCOP. Luego, me dan una tunda capaz de triturar a un buey. Todo para que no husmee en el asunto de un empleado del Gobierno asesinado y de un matón por contrato muerto de una rara enfermedad en Chicago... Raro, ¿no?

—Killard, usted no es un policía, ni tan siquiera un detective privado. No trabaja para ningún periódico. ¿Cómo justifica su afán de investigar este asunto?

—Sencillamente, voy a escribir un libro sobre la corrupción de los organismos del Gobierno y todo eso. Estoy recopilando material —rió huecamente Jeff.

—Si intenta hacer eso, le aplastarán como a una cucaracha, Killard. Ellos son los más fuertes. Y hay poderosos intereses políticos y nacionales que no aconsejan arremeter contra estamentos federales sin una razón convincente y profunda.

—Lo sé. Pero me gustaría saber si esos intereses están de acuerdo con los del pueblo americano o en contra. En un país capaz de conseguir un Watergate cuando la corrupción alcanzó una cota excesivamente alta, no se pueden consentir conspiraciones de silencio en tomo a asuntos que afectan a toda la nación y a la seguridad de sus ciudadanos. Tenemos derecho a saber en qué trabajaba Norman Beswick y cuál pudo ser la razón que movió a alguien a pagar a un pistolero profesional para matarle, pistolero que luego, a su vez, moriría de extraña forma en Chicago, víctima de un síndrome tóxico desconocido y singularmente virulento.

—Todo este asunto es pura dinamita, Killard. Le aconsejo que se olvide de él, si quiere vivir tranquilo. Créame si le digo que sé de él tanto como usted, porque el muro de silencio del FBI también me afecta a mí a y mi Departamento. Pero no podemos hacer nada ante razones de Estado, por oscuras que éstas nos parezcan. Hágame caso, vuelva a casa y tómese unas vacaciones hasta que todo esto pase y se olvide. Sería lo más prudente.

—¿Vacaciones? —El machacado Killard sonrió, acentuándose la

deformidad de su rostro tullido a golpes—. Eso sí es una buena idea, teniente. Voy a seguir su consejo. Hoy mismo salgo de Los Ángeles para iniciar unas vacaciones.

—Eso está mejor —suspiró Barrows, aliviado—. ¿Adónde piensa ir?

—A Chicago, teniente —dijo Killard, dejando estupefacto y lleno de alarma al oficial de Homicidios, que no supo qué decir.

CAPÍTULO V

La señora Graham contempló en silencio a su visitante.

Los ojos de la mujer reflejaban toda la amargura y profunda decepción que el trágico final de su esposo, y el descubrimiento de su verdadera identidad, había provocado en ella. Se mantenía firme, entrelazando sus dedos nerviosamente entre sí, mientras parecía esperar lo que su visitante tuviera que decirle.

—Lamento venir a verla en estas circunstancias, señora —fueron las primeras palabras de Jeff Killard—. Pero tenía que hacerlo lo antes posible, para tratar de saber a través suyo todo lo que sea posible acerca del señor Graham.

—Me temo que poco pueda decirle al respecto —se lamentó ella con dolor—. Durante más de quince años de matrimonio, me tuvo engañada respecto a su verdadero trabajo. Descubrirlo no ha sido agradable para mí...

—Lo comprendo, señora. No seré cruel en mi reportaje con la memoria de su esposo. Después de todo, vivimos en un mundo violento y despiadado, donde no todo es honesto ni limpio. No somos quién ninguno para juzgar a los demás.

—Es posible —ella le miró con cierta gratitud y simpatía—. Pero de eso a ser... un asesino profesional...

—Sé cómo se siente, señora. Pero con usted, él fue un buen esposo, ¿no es cierto?

—Oh, incluso demasiado —las lágrimas asomaron a sus ojos—. Me compró esta casa, me dio una vida cómoda y confortable, se desvivía por mí... ¿Cómo iba a saber yo de dónde le veía el dinero? Me hizo creer que era un gran vendedor, un auténtico genio en el trabajo de comisionista...

—Eso ya pasó, señora. Ahora, Gary Graham está muerto. Y ni

siquiera sabemos a ciencia cierta por qué...

—Una intoxicación, es todo lo que me han dicho médicos y policías, señor..., señor Killard —dijo ella, tras echar una ojeada a la tarjeta de visita de Jeff.

—Pero usted convivió con él sus últimos días, tuvo que advertir algo, el proceso tóxico...

—Sólo sé que empezó a sentir escalofríos y fiebre muy alta a los dos días de su regreso de California. Antes había sentido dolores e inflamación en su mano derecha, herida por un arañazo de una planta, según dijo él.

—Entiendo, señora. Pero en nuestro país, en las ciudades, no existen plantas venenosas, y menos de tal virulencia, usted lo sabe...

—Oh, por supuesto. Ésa no pudo ser la causa de su muerte, lo sé. Pero coincidió con su estado febril. Y de repente... se produjo la muerte mientras dormía. Algo horrible, señor Killard.

—¿Usted deseaba que fuese incinerado? ¿Lo pidió él en vida?

—No, no, en absoluto. Un médico federal me dijo que era necesario, por si se trataba de una toxicidad infecciosa, y que valía más guardar toda clase de precauciones. Me opuse, pero ellos lo incineraron sin que valieran de nada mis protestas.

—Eso no resulta muy ético ni legal señora Graham. Ellos no tenían derecho a tal cosa, a menos que una razón de peso, como un posible contagio epidémico lo exigiera. ¿Le hablaron de algo así como... epidemia?

La señora Graham se sorprendió. Enarcó las cejas, miró a Jeff con viveza y asintió luego con la cabeza.

—A mí directamente, no. Pero cuando me marchaba del horno crematorio, regresé un momento, para recoger mi bolso, que había dejado allí abandonado. Dos funcionarios federales hablaban entre sí. Y oí perfectamente la palabra: «epidemia», pronunciada por uno de ellos. Pero no supe entonces a qué podían referirse.

—Yo creo que sí lo sé. —Jeff dominó su excitación—. Los virus son contagiosos. Y pueden producir una epidemia. Su esposo murió a causa de la acción de un virus que no ha sido aún identificado. Si hubiese un modo de saber dónde se hizo esa herida de su mano derecha...

—¿Cree que esa herida pudo..., pudo causar su muerte? —dudó

ella, horrorizada—. Sólo parecía un leve rasguño, como el arañazo que uno se producía, por ejemplo, con el espinoso de una rosa...

—En alguna parte, señora Graham, hay algo que puede inocular ese virus letal a una persona. Algo que, si no mintió en ello su difunto esposo, podría ser una planta, un vegetal... Un vegetal asesino...

* * *

El reactor que hacía el vuelo Chicago-Los Ángeles aterrizó puntualmente en el aeropuerto Grand Central de Los Ángeles. Los viajeros se dirigieron al edificio destinado a la recogida de equipajes y oficinas de las compañías aéreas nacionales.

Jeff Killard tomó un taxi en el aparcamiento destinado a vehículos de alquiler y le dijo que le condujese al centro de la ciudad. Mientras rodaban por la carretera, sus ojos pensativos se clavaban en los indicadores de la ruta, alumbrados por los faros del coche en la oscura madrugada.

De súbito, como un fogonazo de luz dentro de su cerebro, sus ojos se fijaron en dos de los numerosos indicadores que se cruzaban sobre un poste, a un lado de la carretera.

Parecían tan inocentes y faltos de interés como todos los demás. Pero de repente, Jeff asoció ambos indicadores y le resultó algo significativo.

A BEL AIR (L. A.), SIETE MILLAS A RIVERSIDE COUNTY,
43 MILLAS

—Cuarenta y tres más siete... cincuenta —reflexionó mentalmente Jeff, con un brillo de excitación en sus ojos.

Se inclinó hacia el taxista. Le hizo una pregunta aparentemente trivial:

—¿Conoce usted la Reserva de la Marina en San Diego?

—Claro —sonrió el taxista—. ¿Quién no, señor? Mi hijo sirve allí, en la Navy.

—Creo que últimamente hay mucho movimiento de helicópteros y aviones al norte de la Reserva naval, en Riverside County.

—Si, también he oído hablar de eso —se encogió de hombros el conductor—. Ya se sabe, esos de la Marina siempre andan de ejercicios militares y entrenamientos...

—Pues yo he visto algunos de esos helicópteros... y no todos eran de la Marina —mintió con la mayor naturalidad Killard.

—Ahora que lo dice, yo también he visto aviones y helicópteros del Ejército de Tierra, pero supongo que trabajarán unidos en alguna maniobra especial. Con la tensión actual en el mundo, hay que estar prevenidos, ¿no cree?

—Sí, en efecto —asintió Jeff Killard, sin comentar nada más.

Cuando el taxi le dejó en su casa, en vez de subir a su apartamento, bajó al sótano destinado a garaje, y salió con su coche al exterior. Eran ya las dos de la madrugada y había poco tráfico en la ciudad.

Eso le permitió vigilar más fácilmente tras de sí. En una ocasión creyó sentirse seguido por un Chevrolet azul oscuro. Hizo una serie de maniobras y lo perdió a la altura de Lakewood.

Luego enfiló la ruta diecinueve, para salir a la autopista 101, en dirección sur. Se alejó de Los Ángeles en plena noche, a toda velocidad, pero sin rebasar la permitida. No quería problemas con la patrulla de caminos en esos momentos. Cualquier tropiezo con la policía podía significar la intervención del FBI en sus movimientos, y eso era lo último que deseaba.

En Doheny Park pasó a la autopista estatal 5, continuando hacia el sur, pero un poco después de San Clemente se desvió hacia el nordeste, evitando el Condado de San Diego, para buscar el de Riverside, más al norte. Era una carretera secundaria la elegida, tan poco frecuentada como difícil de trazado, pese a lo llano y desértico de la región.

Sus ojos no perdían de vista el cuentamillas de su coche, cuya cifra inicial, al emprender el viaje, había anotado cuidadosamente, añadiéndole las millas correspondientes a la distancia entre su domicilio y Bel Air.

Cuando empezó a rozar la milla cuarenta y cinco, agudizó la mirada, fija ante sí en el desierto de Riverside, salpicado a veces por villorrios o campos de cultivo de regadío, de propiedad privada. En las últimas millas de su recorrido, esos pueblos y propiedades comenzaron a escasear, hasta mostrarse el terreno llano como la

palma de la mano, salpicado de artemisas y vegetación parduzca.

A la altura de la milla cuarenta y ocho, adoptó precauciones. Apagó los faros de su coche y comenzó a rodar fuera de la carretera, sobre el árido terreno desértico.

Poco a poco, en la distancia, comenzaron a brillar unas luces dispersas. Siguió avanzando a poca velocidad, con el motor lo más silencioso posible. Una valla metálica muy alta se comenzó a siluetear ante él, a menos de una milla, cercando la zona salpicada de luces.

Un rótulo indicó allá en la carretera:

PROHIBIDO EL ACCESO A ESTA ZONA.

RESERVA MILITAR DEL GOBIERNO

Eso era todo. Suficiente para Jeff Killard. Creía haber encontrado ya el lugar de trabajo de Norman Beswick.

* * *

—Mayor, se ha detenido. Pero sigue ahí. A media milla, aproximadamente, de la zona acotada.

El mayor Harold Clarke se aproximó al controlador que le informaba. Miró la pantalla de vidrio luminoso, donde se descubría, parpadeante, un pequeño destello verde, en el cuadriculado campo graduado.

—¿Qué es, exactamente? —quiso saber.

—Parece un automóvil normal, mayor.

—Puede que lo sea. Un viajero perdido o sin combustible en su coche. O puede que no.

—Desde donde está, tiene que ver las alambradas y las luces de Base Zeta, señor —opinó el funcionario de uniforme sentado ante los controles y sistemas de detección.

—Quizás piense que es una de tantas bases de entrenamiento de la Marina en esta región de California —apuntó el mayor Clarke, pensativo.

—Puede que sí. De todos modos, resulta algo sospechoso. Casi nadie utiliza esa carretera, y menos tras el indicador de prohibición

de paso. Para adentrarse aquí hay que ser ciego, tonto... o demasiado listo.

—Opino igual —asintió el mayor—. Informaré de esto al coronel Burn y que él decida.

Abandonó el cuarto de controles y se encaminó por el corredor, asépticamente iluminado, hasta un ascensor que le condujo a una planta inferior del edificio. Una patrulla de soldados uniformados, con casco de acero pintado de azul y metralleta en ristre, le detuvieron. Se identificó con una tarjeta perforada, que uno de ellos introdujo en una ranura del muro, parpadeando una luz verde al hacerse la comprobación.

—Pase, señor —invitó el oficial de guardia, respetuoso, indicándole una puerta metálica que se abrió silenciosamente, deslizándose en el muro, como si fuese el acceso a un punto de ciencia ficción.

El mayor Clarke penetró en el sector restringido, pasando otros dos controles militares antes de pasar a presencia del coronel Lester Burn, alto funcionario del Pentágono en la Base Zeta.

El coronel era un hombre de cabello canoso, rostro sereno y bien rasurado, ojos muy azules de dura expresión, y figura enjuta y erguida, de rígida espalda.

Se saludaron los dos hombres militarmente. El coronel contempló a su visitante con un fruncimiento de cejas. Cuando habló, lo hizo con voz algo seca:

—Y bien, mayor, ¿qué tiene que comunicarme con tantas prisas? Le dije que tenía mucho trabajo esta noche...

—Señor, ha sido detectada la presencia de un vehículo aparcado a cosa de media milla de nuestras cercas de alambre.

—¿Qué clase de vehículo? —Se achicaron los fríos ojos del coronel, fijos en su interlocutor.

—Posiblemente un automóvil. Debió venir por la carretera secundaria y se salió al desierto, deteniéndose después en un punto desde el que es visible esta base.

—Entiendo. ¿Piensa que puede ser espionaje?

—Podría serlo, coronel.

—Tomen las medidas pertinentes. Que no escape de esa zona. Utilicen coches todo terreno y helicópteros, si hace falta.

—Puede ser un simple viajero...

—Corramos ese riesgo.

—¿Y si es solamente eso, y no tiene nada que ver con un posible acto de espionaje, señor? Tendríamos unos prisioneros que no podríamos dejar libres otra vez...

—Si son inocentes y se trata solamente de una casualidad, aplíquenles el suero del olvido. Cuando vuelvan en sí, no recordarán nada. Todo lo más, un sueño carente de sentido.

—Está bien, señor. Nos ocuparemos de ese vehículo y de su ocupante u ocupantes de inmediato.

—Apenas lo hayan hecho, interróguenles mediante pentothal sódico. No quiero correr el menor riesgo en esta base, mayor. Bastantes problemas tenemos ya con lo sucedido.

—Oh, eso... —El rostro del comandante se ensombreció—. Confiamos en que aún sea tiempo de detener lo peor.

—Confiamos, mayor, confiamos —meneó la cabeza con pesimismo el coronel Burns—. No pierda tiempo. Encárguese de ese vehículo situado en zona peligrosa... No me gustan los incidentes de este tipo en semejantes momentos.

—Bien, señor. Vamos a ocuparnos de inmediato de ello... —aseguró el mayor, dirigiéndose a la salida del despacho.

En ese momento, sonó el teléfono del coronel. Éste alargó un brazo hacia el aparato de color vivo que estaba repiqueteando. Avisó al mismo tiempo al mayor con un leve suspiro:

—Aguarde aún un momento. Es la línea de emergencia. Puede ser importante —aplicó el micrófono a sus labios y preguntó secamente—: Base Zeta, Sección A. Cóndor Gris al habla. Informe.

Alguien le habló por el hilo telefónico. El rostro del militar se puso tenso. Tras responder con unos secos monosílabos, colgó. Se quedó mirando a su visitante con aire ensombrecido.

—¿Y bien, señor? —se interesó el mayor Clarke—. ¿Qué sucede?

—Era Harry Knowles, del FBI —explicó el coronel—. Vienen siguiendo a nuestros visitantes de esta madrugada. Lo tienen localizado a media milla escasa de la Base. Ese coche lleva un microemisor que ellos detectan. Están vigilando a nuestro hombre.

—¿Es uno solo el que ocupa ese coche?

—Sí. Un reportero de la televisión llamado Jeff Killard, al parecer. Un hombre que quiere saber demasiado. No hace falta que saque una patrulla para capturarlo. Los federales van a ocuparse de

él... a su modo. Está justamente al lado del vertedero de desperdicios. Deje que hagan ellos el trabajo sucio, mayor.

—Mientras no sea demasiado sucio... —comentó el mayor Clarke, pensativo.

—Eso, ya no lo sé. El FBI hace siempre las cosas a su modo. Especialmente, un tipo duro como Harry Knowles... Pero eso no es asunto nuestro ni del ejército, amigo mío...

Y la fría, dura sonrisa del coronel Burn, resultó más significativa que ninguna otra palabra.

CAPÍTULO VI

Jeff Killard miró en torno, inquieto, tras consultar la esfera iluminada de su reloj digital. Eran ya las cuatro de la madrugada. Alrededor suyo, el frío y seco silencio del desierto era casi tangible. Dentro del coche no hacía frío, pese a haber apagado todas las luces e incluso la batería que alimentaba la calefacción. Escudriñar la oscuridad del árido terreno y el fulgor azulado de las luces de la zona restringida llegaba a resultar doloroso para las pupilas.

Ni siquiera sabía lo que esperaba allí. Tal vez la aparición de gente armada, de aviones o helicópteros, que revelasen la naturaleza de las maniobras que tenían lugar en aquella base casi clandestina.

A su izquierda, a cosa de doscientas yardas, quedaba la estrecha cinta de asfalto de la carretera secundaria. A su derecha, en la zona oscura, se vislumbraba un terraplén repleto de desperdicios de todo tipo, procedentes sin duda de la base secreta levantada por el Gobierno en aquel desolado paraje del Condado de Riverside.

No le gustaba mucho el lugar. No le gustaba nada de todo aquello. Pero algo le decía que posiblemente fuese ésta un emplazamiento adecuado para vigilar las actividades de aquel recinto donde, sin duda alguna, trabajó Norman Beswick durante cierto tiempo, hasta matarle un pistolero profesional por encargo.

Se irguió de pronto. En la distancia sonaba un apagado ronquido de motor. Vislumbró dos luces rojas en el cielo negro, sobrevolando la zona acotada. Luego, esas luces descendieron, con un batir de aire removido. Un helicóptero, pensó Jeff. Había actividad en ese recinto, pese a su aparente quietud y silencio.

Estaba amortiguándose el sonido de ese motor aéreo, cuando su agudo oído captó otro rumor más próximo, a espaldas suyas. Giró la

cabeza, con sobresalto.

El corazón le dio un vuelco. Empezó a pensar que el desastre se avecinaba por momentos. Había jugado fuerte y el envite no era lo bastante sólido para ganar.

Dos coches venían hacia él velozmente. Uno, por la carretera. Otro, a través del desierto. Ambos con los faros apagados. El recuerdo de la paliza junto a la vivienda de los Beswick asaltó su memoria. Esto podía ser aún mucho peor. Allí no habría nadie que avisara a una patrulla de policía para auxiliarle.

Venían a por él, eso era obvio. La maniobra de ambos coches era inconfundible. El que venía por la carretera se desvió en cierto momento, saliendo al desierto y cerrándole la salida en esa dirección, el otro siguió moviéndose, con un potente ronquido de motor, en dirección a él. Vislumbró siluetas oscuras dentro de ambos vehículos.

Trató de poner en marcha el motor de su automóvil. El frío de la madrugada hacía mella en él. Trepidó sin arrancar. Jeff maldijo entre dientes, forcejeando con el encendido y el embrague, sin resultado alguno. Los otros coches estaban ya virtualmente encima de él.

Uno, el procedente de la carretera, frenó, cruzado ante él. Descendieron del mismo tres hombres. Parecían marcianos, seres escapados de una película de ciencia ficción barata: mallas negras y brillantes, como de goma, cascos de igual material ciñendo su cabeza, guantes y gafas de cristal curvado sobre el rostro. Empuñaban armas de fuego y parecían dispuestos a lo peor.

Miró atrás. El otro coche también se detenía, tras embestir al suyo con cierta violencia y abollar la carrocería en la parte trasera, haciendo bailotear dentro a Killard.

Éste juró entre dientes, saltando fuera del vehículo que se resistía a arrancar. Corrió hacia el único punto que tenía libre: el camino de la ladera repleta de desperdicios.

Los tres individuos ataviados al estilo de un submarinista, corrieron tras él. Del otro coche salieron otros tantos hombres, en idéntica indumentaria, precipitándose en pos suyo, con roncadas imprecaciones.

—¡No trate de escapar, Killard! —gritó uno de ellos—. ¡Está rodeado!

—¡Será mejor que se entregue! —voceó otro—. Nadie le hará daño si muestra razonable. No somos asesinos.

—¡Killard, no siga huyendo! —gritó una tercera voz autoritaria—. ¡Somos agentes federales, miembros del Gobierno! ¡No empeore más su situación!

—Al diablo con todos —farfulló para sí Jeff, roncamente—. No me fío de ninguno de vosotros, por muy federales que seáis. No está claro vuestro papel en todo esto, hatajo de matones...

Y siguió a la carrera, en dirección al montón de basuras que se veía en la ladera descendente hacia la que se dirigía. A espaldas suyas sonó un estampido sordo, como un taponazo. Una bala zumbó por encima de su cabeza, no supo si como aviso o porque el tirador había fallado el blanco.

Usaban armas silenciosas. Cosa rara para gente del Gobierno, se dijo Killard, cada vez más preocupado por la persecución de que era objeto. Otro seco taponazo, a su espalda, empujó a una segunda bala que silbó bastante más próxima a su cabeza.

—¡No nos obligue a tirar a matar! —exclamó uno—. ¡Dése preso en nombre de la ley federal, Killard, o le mataremos como a un perro!

Con una última zancada, había llegado Jeff al borde de la zanja. Se tiró rodando por ésta sin vacilar, dando volteretas por entre los malolientes desperdicios allí acumulados. Otros dos disparos le buscaron, sin darle alcance, muy por encima ahora de su cabeza.

Oyó juramentos irritados de sus perseguidores, que se detuvieron, como desorientados, sin decidirse a seguirle por el terraplén de basura. Jeff llegó al fondo del mismo, virtualmente rebozado de fétidos residuos de todo tipo, desde hierbajos, macetas rotas, chatarra y bolsas de alimentos, hasta sacos de papel vacíos, botes y botellas, cajas de madera astilladas y toda clase de desperdicios imaginables, incluidos utensilios químicos rotos o inutilizados.

Se quedó agazapado en la sombra, entre las basuras, esperando a que sus perseguidores rodaran tras él, dispuestos a darle caza en el fondo del terraplén. Su mano tropezó con una azada y la empuñó resueltamente, dispuesto a defenderse con ella a la desesperada.

Varias cabezas asomaron allá arriba, inclinándose hacia el fondo, en su busca. Killard se pegó entre las basuras, para no ser

visto fácilmente en medio de aquella fétida confusión.

—No se le ve —dijo uno.

—Pero está abajo. Y hay que darle caza.

—¿Tú crees que será necesario? —objetó otro—. Basta con despojarle de su automóvil y dejarle aquí solo, perdido. No saldrá vivo de aquí fácilmente.

—Eso sería un crimen —protestó uno de los federales.

—¿Y qué? No podemos retroceder ya —sostuvo el que hablara primero—. Hay demasiado en juego. Ese hombre nos está creando demasiados problemas. Cuanto antes deje de molestar, tanto mejor.

—Es duro de pelar. Podría salir de ahí y recorrer las millas que le separan de zonas habitadas en un par de días o tres como máximo.

—Eso es verdad —aceptó el que llevaba la voz cantante—. Parece físicamente lo bastante capaz de hacer algo así. Bien, volved a los coches. Yo me ocuparé personalmente de él.

—No pensarás... matarle —jadeó uno de ellos—. Es un ciudadano americano. Y nosotros no somos asesinos...

—Ni siquiera podemos estar seguros de que no sea un espía al servicio del extranjero —rechazó el que parecía dirigir el grupo—. Estamos metidos en un grave asunto de Estado. No podemos correr riesgos ni andarnos con escrúpulos de ningún género. Yo responderé de mis actos ante mis superiores. Volved a los coches e id a la Base a informar de todo. Luego, iré yo allí a reunirme con vosotros, usando el coche de ese tipo. Vamos, es una orden.

No parecieron demasiado entusiasmados de obedecerla, pero lo hicieron. Se alejaron en silencio cabizbajos. Los dos vehículos se alejaron en la noche, en dirección a la alta alambrada de la base militar secreta.

El jefe del grupo, resueltamente, empezó a descender el terraplén, pistola en mano, Jeff Killard siguió inmóvil, tenso. Sabía que aquel federal venía a matarle a sangre fría.

* * *

Esperó hasta tenerle muy cerca, casi pisando sus manos, hundidas en la basura, y sujetando con fuerza la azada. Hacía unos momentos que los dos automóviles se habían alejado hacia la base

militar.

En ese momento, cuando el hombre de negra malla de goma le buscaba implacablemente, encañonando al suelo con su arma silenciosa, Jeff actuó.

Disparó sus brazos, sujetando férreamente la azada. Golpeó al federal en las piernas. El otro emitió un agudo grito de sorpresa, su pistola se disparó y rodó de bruces sobre las basuras, ahogando una maldición.

No llegó a soltar el arma. La pistola buscó a Jeff, que se incorporaba en ese momento, encañonándole con fijeza, a punto de hacer fuego otra vez a bocajarro. Jeff volvió a pegar con la azada al enemigo, sin contemplaciones.

Esta vez, el hombre lanzó un grito ronco de dolor, cayó atrás perdiendo su arma, y una brecha se abrió en su capucha negra, dejando brotar la sangre. Rodó por las basuras, quedando de bruces contra un montón de macetas rotas. Un alarido escapó de su garganta.

—¡No, no me haga eso! —clamó—. ¡No me deje así! ¡Es la muerte! ¡Por el amor de Dios, no...!

Y forcejeó por ponerse en pie. No lo logró. Cayó de espaldas, dando un vuelco en la tierra repleta de desperdicios y perdió el conocimiento, quedando inmóvil. Por la herida de su frente, sangraba en abundancia, pero Jeff comprobó que esa herida no podía matar a nadie.

Más aliviado, se incorporó, tras tomar el arma de su adversario y guardarla en sus ropas. Aquella gente no bromeaba. Era mejor ir armado, de allí en adelante. Salió del terraplén a duras penas, enredándose con matorrales y hierbajos que parecían arrancados de algún jardín descuidado, para arrojarlos luego al terraplén de basuras, y salió al desierto, jadeando.

Subió a su coche y, sin perder tiempo, emprendió veloz marcha, de regreso a Los Ángeles, en cuanto el motor respondió. Pese a la abolladura de su parte trasera, el automóvil funcionaba a la perfección.

No se detuvo hasta ver una cabina pública, entrando en la zona urbana de la ciudad, desde donde llamó a la policía del Condado de Riverside, para que recogieran del lugar donde lo había dejado, a un hombre malherido, abandonado en el desierto. Cuando le

pidieron más datos, colgó, reanudando su regreso a casa.

* * *

Amaneció ligeramente lluvioso y nublado en Los Ángeles. Era un día triste y desapacible, aunque no frío.

Jeff Killard se incorporó, desperezándose y mirando por la ventana al exterior. Contempló un panorama urbano que le era poco familiar: una callejuela con varios establecimientos de bebidas cerrados durante el día, un prostíbulo y una *sex-shop*

junto a un pequeño cinematógrafo para filmes pornográficos. Era uno de los peores barrios de la ciudad, pero estaría más tranquilo en él que en su casa. Esa misma mañana había abandonando su casa, utilizando el coche de un vecino, al que hizo un «puente» para el encendido, y abandonando luego el vehículo a varias manzanas de distancia. Un taxi le llevó desde ese punto hasta allí, sin ser detectado por el FBI. No se fiaba de su propio coche, al que sin duda habrían aplicado un detector a distancia para controlar sus pasos. Y continuar en su casa, era hacer oposiciones a ser víctima de sus tenaces perseguidores.

Se aseó con los pocos útiles personales que se llevara de casa, cambió de camisa y de chaqueta, y se sintió mejor, tras servirle el conserje un desayuno frugal en la habitación del hotelucho en que se alojaba ahora.

Luego pidió línea telefónica y llamó al número que figuraba en la guía como perteneciente a los Beswick, en Bel Air. Tuvo que probar tres veces. En la primera no tomó nadie el teléfono, en la segunda comunicaba, y al fin pudo establecer contacto con una voz de mujer que le resultó familiar y le preguntó:

—¿Quién llama, por favor?

La voz le sonó acongojada. La viuda Beswick, sin duda, seguía bajo los efectos de su reciente viudedad, pensó Jeff.

—Señora Beswick, soy yo, Jeff Killard, el hombre que la visitó el otro día. Quería decirle que ya encontré el lugar donde trabajaba su esposo, justo a cincuenta millas de Bel Air.

—¿Qué puede importarme a mí eso ahora? —se lamentó ella amargamente, entre sollozos—. ¿Es que no sabe lo que ha ocurrido?

—¿Saber? No. ¿El qué? —se interesó Jeff vivamente.

—Mi hijo Pat... el que tenía fiebre... Acaba de morir, señor Killard...

—¡Cielos, no! —jadeó Jeff, palideciendo—. ¿Cómo ha ocurrido eso?

—No..., no sé... Murió esta noche. Una crisis cardíaca... Estaba hinchado, amoratado, con los ojos desorbitados... El doctor cree que pudo ser una infección vírica... Desea examinar a mi pequeño... Sobre todo, los arañazos de sus rodillas, cuando cayó. Estaban tan infectados, con un aspecto tan feo... Pero el FBI ha llamado para ordenarme que nadie toque nada ni vea al niño hasta que ellos lleguen y se ocupen personalmente de todo lo que...

Clic. La comunicación se interrumpió. Jeff estaba rígido. Sabía lo que eso suponía. Rápidamente, colgó. Recogió apresuradamente sus cosas y corrió hacia la planta baja del hotel. Se despidió del conserje, tirándole un billete, ante el pasmo de éste, y salió disparado a la calle, donde tomó un taxi y fe condujo hasta Harbor City, donde lo dejó para tomar otro que le llevó a Inglewood. De allí a Culver City, le trasladó un tercer taxi, con lo que imaginó que habría podido burlar la búsqueda de los federales. Nada más fácil para ellos que interceptar el teléfono de la viuda Beswick y localizar el origen de su llamada a través de coches-antena por toda la ciudad. Estaba seguro que, a estas horas, el hotelucho de mala muerte estaría repleto de federales hasta el tejado.

Respiró hondo, tras alojarse en otro hotel, éste de más lujo, con otro nombre supuesto. Aquello se había convertido en un juego al escondite entre él y los tenaces hombres del Gobierno.

Pero todo ello no le podía hacer olvidar otra cosa: el hijo de los Beswick había muerto súbitamente, del mismo mal que otro hombre muriera en Chicago días atrás. El mal vírico. El síndrome tóxico desconocido.

El asesino por contrato Gary Graham había sufrido un rasguño en una mano antes de presentarse el mal. El hijo de Norman Beswick había sufrido arañazos en sus rodillas, también poco antes de presentarse el estado febril que precedía a la muerte.

—No hay duda —jadeó—. Hay algo que mata. Un vegetal, lo que sea. Algo que, al arañar la piel humana, inocular un virus mortal. Pero ¿dónde? ¿Por qué? ¿De qué lugar ha llegado esa forma

horrible de muerte?

Jeff Killard empezó a tener una posible respuesta a ese dramático interrogante, cuando al otro día leyó en un periódico de San Diego una noticia perdida en una columna de tercera página:

UN AGENTE FEDERAL ENCONTRADO HERIDO EN EL DESIERTO, EN LAS CERCANÍAS DE UNA BASE MILITAR DE RIVERSIDE COUNTY, FALLECE POCAS HORAS MAS TARDE, VICTIMA DE UNA RARA Y RÁPIDA DOLENCIA QUE SE SUPONE PUEDA SER UNA INTOXICACIÓN VÍRICA AGUDA.

—Dios mío... —jadeó Jeff, anonadado, estrujando el periódico entre sus dedos—. De modo que es eso...

CAPÍTULO VII

Los chorros de lanzallamas lamieron violenta, cegadoramente, el vertedero de basuras.

Fue como un enorme fuego purificador que arrasara desperdicios y suciedad, convirtiéndolo en escasos momentos en un simple montón de cenizas y escombros negruzcos, cubriendo el terraplén hasta su fondo.

Los hombres, protegidos con trajes de amianto y cascos del mismo material, protegidos sus ojos por lentes de material plástico refractario y oscuro, parecían astronautas atacando a un imaginario enemigo en una secuencia propia de una película galáctica. Sin embargo, eran solamente miembros de la Base Zeta, procediendo a la cuidadosa e implacable ignición de aquella zona destinada, a los desperdicios y objetos inútiles arrojados por los camiones de basura de aquel secreto recinto militar.

Tras la ignición, un oficial dio una orden desde un *jeep* detenido allí cerca. Cesó el fuego vomitado por los tubos lanzallamas, y cayó de nuevo la oscuridad sobre la zona. Arriba, por encima de las cabezas de los extraños incendiarios, un helicóptero sobrevolaba en círculos, controlando la operación. En la carretera, varios vehículos militares se alineaban en la distancia, impidiendo el acceso a cualquier otro coche particular, parapetados tras un gran cartel donde se leía:

PROHIBIDO EL PASO

MANIOBRAS MILITARES DESVIÓ A TRES MILLAS

Todas las precauciones habían sido tomadas. Demasiadas

precauciones, sin duda, para una simple labor de quema de basuras en pleno desierto, hubiera pensado algún testigo ajeno a la operación, de haberle sido posible estar presente. Pero nadie ajeno a la Base se hallaba allí en esos momentos. Todos los presentes eran militares y miembros de los Servicios de Seguridad y Defensa Nacional de los Estados Unidos.

Regresaron los hombres de amianto a su punto de origen, tras las alambradas, los vehículos se retiraron, fueron quitados los indicadores de prohibición de la carretera secundaria, y el helicóptero cesó en sus pasadas, para volar en dirección al campo de aterrizaje de la propia Base.

Momentos más tarde, dentro de ésta, tenía lugar una conferencia urgente, convocada por el jefe de la misma, coronel Lester Burns, del Alto Estado Mayor del Pentágono. A ella asistían diversos militares, así como dos hombres de paisano, uno de los cuales le hubiera resultado a Jeff Killard, de haber asistido a aquella reunión secreta, bastante conocido.

Se trataba del joven con impecable traje de ejecutivo, rostro de universitario, modales suaves y espejeantes gafas de montura metálica. Allí, para los presentes, aquel hombre era Harry Knowley, un alto cargo de la Oficina Federal de Investigación de Los Ángeles. Y su acompañante, Neil Hancock, era también agente especial del FBI, con misión específica en la Base Zeta de California.

* * *

—Caballeros, la razón que nos reúne esta noche aquí es bastante grave como todos comprenderán —había comenzado a hablar con tono severo el coronel Burns—. Se trata de un asunto no solo, de alta seguridad, sino de un desdichado incidente que podría desencadenar en cualquier momento una crisis colectiva de pánico ciudadano en todo el país.

Asintieron los presentes en silencio, con movimientos de cabeza. Solamente Harry Knowley, del FBI, argumentó algo con voz pausada y suave, como era su costumbre:

—Permítame, coronel, que le señale que la situación está perfectamente controlada, y que no existe riesgo inminente de...

El coronel no le dejó terminar. Alzó una mano y con tono

airado, replicó al federal:

—¡La situación está controlada! ¿A qué llama usted «controlar la situación», señor Knowles? ¿A atemorizar a la gente, a coaccionar a medios de comunicación e incluso departamentos de policía, para que no trascienda la verdad al público?

—Creo que es el único medio eficaz de impedir que la verdadera situación llegue a oídos de la gente antes de que estemos preparados para neutralizarla de modo eficaz.

El coronel le contempló con ojos en los que destellaba la ira.

—Usted sabe muy bien, señor Knowles, como lo sabemos todos, que no hay esperanzas momentáneas de neutralizar nada —le atajó ásperamente—. La situación nos ha desbordado a causa de un simple error humano imprevisible, y ahora es tarde para hacer nada, en tanto nuestros laboratorios y el profesor Thompson no den con el suero o antídoto capaz de frenar este desastre. De momento, no debemos hacernos ilusiones en ese sentido, según palabras del propio profesor y sus ayudantes. El antídoto es una quimera, puesto que el propio Virus DK era un simple ensayo, un experimento aún incontrolable. ¿Qué espera usted, señor Knowles? ¿Convertir al FBI en una especie de Inquisición que abata sobre todas las instituciones democráticas del país, silenciándolas y amenazándolas, sólo porque ustedes mismos son responsables del desgraciado suceso y no desean que ello se sepa?

—Coronel, no estamos aquí para hacernos reproches mutuos, sino para encontrar una posible solución al problema... —objetó con cierta irritación el federal.

—Pero para usted, señor Knowles, la única solución parece ser la utilizar las atribuciones del FBI en su propio beneficio, consiguiendo a todo trance que se mantenga el silencio en torno a lo sucedido.

—Ese silencio es absolutamente necesario, coronel —le replicó agriamente Knowles—. El propio presidente lo ha dicho...

—Sé que es necesario el silencio, pero sólo mientras sea posible mantenerlo de un modo civilizado y correcto, de mutuo acuerdo entre todos, para impedir que se sepa la verdadera situación y el pánico se extienda en la población, como si estuviéramos en la Edad Media y la peste hubiera vuelto a nuestras tierras.

—En cierto modo, coronel, es una peste —apuntó suavemente el mayor Clarke, con gesto ensombrecido—. Es contagiosa, mata en

pocas horas... y no existe defensa alguna contra ella.

—Sé muy bien eso, mayor —admitió el militar de mala gana, cubierta su frente de arrugas—. Lo que rechazo son los métodos autoritarios y fascinantes del señor Knowles en el manejo de este delicado asunto. He podido saber que un reportero de televisión ha sido reducido al silencio por esta causa. Y no sólo eso, sino que fue víctima de una emboscada cuando espiaba esta zona, estando a punto de morir a manos de un puñado de esbirros leales al señor Knowles y sus métodos. Desgraciadamente, tal hecho no se saldó sin bajas, puesto que el periodista, en legítima defensa, golpeó a uno de esos federales metidos a matones por orden expresa del señor Knowles, y sufrió esa herida en el vertedero de basuras. Ello motivó el contagio inmediato, directo a su sangre, a través de la herida sufrida, y murió poco después, víctima del mismo mal que el asesino de Norman Beswick y que el hijo del propio Beswick. El periodista no es responsable de esa muerte, puesto que no podía saber tras lo que andaba. Pero sí el señor Knowles, que jamás debió ordenar semejantes medidas para proteger el secreto, por muchas razones de Estado que quiera alegar en su descargo.

—Coronel, usted es un militar. Yo, un civil —replicó el federal, alterado—. Y que yo sepa, por el momento el poder que rige los destinos de este país es civil y a él me atengo. Hemos sido encargados de mantener el secreto a ultranza, en torno a la expansión de ese mal mortífero, y estamos haciendo cuanto podemos para lograrlo, sin reparar en medios. ¿Lo entiende bien, coronel? Sin reparar en medios. Fueron palabras del propio secretario de Estado al ser informado de los hechos.

—Señor Knowles, el ser alto dirigente de una organización como el FBI, no le da derecho a usar medios ilícitos, e incluso delictivos, para conseguir su propósito —rechazó el mayor Clarke vivamente—. El coronel Burns tiene razón. No queremos asesinatos para proteger el secreto y mantener la calma ciudadana. Si es absolutamente preciso, se avisará a la gente de lo que ocurre, con todas sus consecuencias.

—Eso jamás se ha hecho, mayor, en situaciones parecidas —juzgó Knowles, seco.

—Es posible, Pero esto está llegando demasiado lejos. Esos desperdicios contenían virus abundantes, lo mismo que todas las

plantas de esta Base que fueron destruidas recientemente. Pero algo ha sucedido, y muchas semillas salieron de aquí, siendo sembradas en otros lugares. Ahora, ese hecho hace que tengamos una serie de vegetales asesinos dispersos por el país, al menos por California, como una amenaza silenciosa y letal contra nuestros ciudadanos. Admito que es mejor mantener el silencio, evitar el pánico y retirar todas esas plantas que sirven de caldo de cultivo a los virus escapados de la cápsula en aquella ocasión en que usted mismo, señor Knowles, provocó imprudentemente tal accidente al trasladar las muestras del laboratorio. Su misión era proteger esas muestras de todo posible riesgo, hasta que fuesen analizadas y se comprobase su capacidad bacteriológica en Washington. Y, sin embargo, cuando se dirigía con ellas al helicóptero de esta misma Base, provocó la catástrofe...

—Mayor Clarke, cualquiera puede sufrir un accidente así —rechazó Knowles con dura frialdad, mirando aviesamente al militar—. Recuerde que no fue solo culpa mía. Era lógico que me dirigiese a toda prisa al helipuerto para emprender viaje a Washington con las muestras de la nueva arma química. Ese jardinero, Rogers, fue tan responsable o más que yo, al cruzar su camión en el camino y producirse el choque.

—Quizá en eso tenga razón Knowles —apuntó gravemente el coronel, tratando de apaciguar los ánimos—. Rogers cometió una imprudencia. Por desgracia, la pagó ya con su propio y trágico fin, al recibir aquellos leves cortes con el parabrisas roto, y sufrir después la rápida y virulenta acción del tóxico. Lo que nunca pudimos imaginar nadie es que las semillas sirviesen de receptáculo primero, y de caldo de cultivo después, de ese maldito virus, mateniéndolo y conservándolo, acentuando su potencia a medida que crecen en jardines o parques, y convirtiéndose así en una amenaza mortal e insospechada para todo el mundo.

—Beswick se llevó semillas de éstas para su casa. Y ya ve lo que sucedió con su hijo y con ese hombre que alguien envió para asesinarle... —apuntó el federal Hancock—. Lo lógico es destruir todo el jardín de Beswick, puesto que ignoramos dónde está exactamente la planta o plantas venenosas. Pero ¿qué dirá la gente si abrasamos toda la propiedad? Eso despertaría sospechas. Piensen que incluso en el interior de la casa hay macetas con plantas. Y que

un jardín sólo puede quemarse con lanzallamas...

—Resulta obvio que nuestros enemigos de otras potencias conocen, además, la clase de arma que hemos conseguido, así como quizá tengan informes sobre ciertas muertes misteriosas que están sucediendo, y hayan atado cabos, enterándose de que hemos dejado suelto algo que no sabemos controlar aún. Una de esas potencias ordenó matar a Beswick para que no trabajase más en el experimento del Virus DK. Pero ni siquiera sabemos quién todavía. Ahora, esta situación de terror larvado, de epidemia mantenida en silencio, podría ser utilizada contra nosotros, como arma de doble filo, por ese mismo solapado enemigo, señores —completó el coronel con un suspiro.

—Eso es cierto —apoyó el mayor—. Bastaría con que demostrasen al pueblo americano que su propio Gobierno y todos los organismos oficiales encargados de velar por el bien, la vida y la salud pública, les han mantenido engañados, ocultándoles una espantosa realidad que amenaza sus vidas y las de sus seres queridos. Una noticia así, podría provocar un estado de crisis absoluta en los Estados Unidos, de consecuencias imprevisibles.

—Sería el peor golpe a nuestra democracia —admitió el federal Hancock seriamente, afirmando con la cabeza.

—Por lo que hemos de seguir impidiendo que la gente sepa la verdad —terció Knowles fríamente—. Lo contrario significaría sembrar el pánico total. ¿Creen que eso ayudaría a mantener la moral y la fe de nuestro pueblo? ¿Qué dirían de unos gobernantes que en vez de cuidarles y protegerles, lanza sobre ellos una nube tóxica de muerte, un síndrome asesino sin precedentes, que puede estar larvado incluso en la más insignificante maceta casera o en la más bella flor?

—No niego que el silencio es necesario aún, mientras no exista un medio de combatir el mal tóxico, un antídoto, el que sea... —aceptó amargamente el coronel Burns—. Pero sus métodos son los que me parecen deplorables e indignos, señor Knowles. Por ello, le ruega que tome en cuenta esta advertencia: o consigue el silencio, la discreción momentánea sobre el asunto, mientras intentamos los demás controlar la situación, a base de persuasión y de modos civilizados, sin riesgos para nadie... o hablaré personalmente con el presidente, exponiéndole su forma de proceder y planteándole un

dilema radical: o usted o yo. Si él decide seguir confiando en usted, dimitiré en el acto como jefe de esta Base y me retiraré del servicio activo.

—Pero usted no puede hacer eso ahora —protestó vivamente el federal Hancock—. Es un hombre clave en el Pentágono, en la Defensa Nacional...

—Pues deberá elegir entre mi persona o la del señor Knowles, a la primera violencia o actitud dictatorial que él adopte en relación con este asunto. Es todo, señores. La reunión ha terminado.

Se levantaron todos, en silencio, con gesto ensombrecido. El coronel fue el primero en abandonar la estancia, erguido y altivo, sin dirigir una sola mirada al joven federal de aspecto de ejecutivo de Wall Street. Éste se mordió el labio inferior, con un brillo duro y desagradable en sus ojos grises. Hancock, su colega, se aproximó a él, mientras el mayor y otros dos militares presentes en la asamblea, también abandonaban el lugar, dejando solos a ambos federales.

—¿Y bien, Knowles? —quiso saber Hancock—. Es un feo asunto, ¿no?

—Al diablo con ese militar. ¿Quién se cree que es? ¿Patton o Eisenhower?

—Es influyente. El presidente confía ciegamente en él. El Pentágono le respeta y admira. Tiene un mal enemigo en él, Knowles. Tendrá que actuar más prudentemente, sobre todo en el caso de ese tal Killard...

—Killard es un peligro público. Si él habla, todo el país sufrirá un colapso de terror, una psicosis de pánico que puede llevarnos al desastre —sostuvo glacialmente Knowles, encajando sus mandíbulas bajo la tensa y pálida piel de su rostro de perfecto universitario de Harvard—. Me ocuparé de seguirle amordazando, utilice el método que utilice para ello. Después de todo, sólo unas pocas plantas andan sueltas por ahí, con el virus latente en ellas. Cuando sean localizadas, el problema se habrá terminado. No permitiré que el FBI y el Gobierno se vean en la picota por culpa de un maldito periodista entrometido y vulgar.

Se alejó con paso enérgico, dando largas zancadas, la resolución pintada en su semblante. Hancock meneó la cabeza, con pesimismo, siguiéndole a distancia.

—No sé... —murmuró para sí el agente federal—. Creo que

Knowles se equivoca... Pero tiene demasiada autoridad en el FBI para poderle llevar la contraria...

* * *

—¿Qué estamos buscando realmente, Jeff?

—Te lo diré pronto. Creo que tiene que estar por aquí —susurró Killard, mirando en la oscuridad de la noche el edificio en sombras, y luego el reflejo de una farola del alumbrado callejero, reflejándose en los cristales del invernadero—. Pero sobre todo, no te desprendas de esos guantes ni acerques el rostro a ninguna planta, por hermosa que sea o bien que huela, ¿está claro?

—Es la tercera vez que me dices eso, Jeff —sonrió ella, mirándole—. ¿Qué tienen de malo estas plantas?

—Todas ellas, no creo que gran cosa. Pero alguna puede significar la muerte...

—¿La... muerte? —se alarmó ella, abriendo mucho sus bonitos ojos claros.

—Eso es, Ada. Ni siquiera tu jefe, el teniente, sospecha lo que estoy intuyendo desde que leí cierta noticia. Por eso estamos esta noche aquí. ¿Seguro que te proteges bien las piernas y pies?

—Llevo calzado sólido, un pantalón de fuerte dril, y debajo unas mallas, como me dijiste. Oh, Jeff, parece que estemos entre plantas carnívoras y púas venenosas, a juzgar por tus exageradas precauciones...

—Venenosas... Sí, algo parecido, Ada. Plantas venenosas. La muerte vegetal en alguna parte... Tratemos de recordar algo —se apoyó en el muro de vidrios del invernadero, procurando no rozar con su espalda planta alguna—. Tú examinaste minuciosamente el *dossier* Beswick. En él se hablaba de la trayectoria de la bala asesina, de los indicios dejados por el asesino... ¿Podrías pensar en algo de todo ello que nos diese la pista posible de sus movimientos en este jardín?

—Pues... no sé —confesó Ada Markham francamente, tocándose con perplejidad la barbilla, con sus manos, fuertemente protegidas por gruesos guantes de piel con forro.

—Veamos... No había huellas en el jardín... Eh, espera. Sí, recuerdo algo...

—¿Qué?

—Tierra roja, húmeda... Se encontró en el tejado del invernadero... Se supone que la dejaron los zapatos de ese hombre, al subirse a él para disparar desde un ángulo elevado sobre su víctima...

—El invernadero... —lo contempló ahora Jeff vivamente, con aire decepcionado—. Cielos, el interior está lleno de plantas. Hay millares de ellas. Podría ser cualquiera.

—El informe no mencionaba que el tirador hubiese estado dentro del invernadero, Jeff, sino en su tejado. —Le recordó Ada.

—¡El tejado! Claro... —Killard se apartó de las vidrieras. Miró al tejadillo. Y luego a la casa—. Veamos el punto del mismo desde el que es más fácil disparar a aquel ventanal del edificio... Creo que ahí, en ese ángulo... ¿Qué ves, Ada?

—Nada. Una enredadera que desciende hasta el suelo, eso es todo.

—La enredadera... —repitió Jeff.

Se acercó, cauto, a ésta. La examinó, proyectando la luz de una linterna sobre sus tallos y hojarasca. Unas finas púas, unos leves pinchos, eran visibles a través de las hojas. Cuidadosamente, extrajo de su bolsillo una tijera podadora de anchas hojas afiladas. También él usaba guantes. De otro bolsillo extrajo una bolsa de plástico reforzada, y cortó un tallo de la enredadera de un seco tajo. Tomando con infinitas precauciones el fragmento vegetal, lo introdujo en la bolsita plástica, que a su vez pasó al interior de una pitillera. Cubrió de cigarrillos el objeto, y luego se apartó, tomando a la joven del brazo. Sus ojos se clavaron en el suelo. La enredadera se deslizaba por éste hasta un cercano muro. Evidentemente, alguien podía caerse y arañarse con sus pinchos. Pensó en el infortunado Pat Beswick, el hijo del hombre asesinado...

—Vamos —susurró—. Creo que tenemos ya lo que buscábamos, Ada.

—¿Tú crees? —dudó la joven secretaria, siguiéndole.

—Espero que sí. Por fortuna, la casa está ahora desierta. La señora Beswick y su otro hijo se han ido fuera de la ciudad tras la muerte del otro niño. Han sido dos golpes seguidos, muy duros para ella...

—¿Y el FBI? ¿No vigila la propiedad?

—Sigue vigilándola, pero de otro modo menos intenso. ¿Viste esa furgoneta comercial parada frente a la casa?

—Si. Es de una empresa de tintorería...

—Falso. Es un coche federal con radio televisión, emisora, antenas, sistemas de vigilancia sofisticada y todo eso.

—Entonces nos verán llegar... Sabrán que hemos entrado...

—No lo creo. Ellos esperan, en todo caso, a un hombre solo; No a una joven pareja que pasa ante ellos cogidos de la mano, y se alejan de la casa, metiéndose en otra vecina, para saltar luego el seto. Confío en que salgamos de aquí sin problemas.

—Dios te oiga musitó ella gravemente, no demasiado confiada.

Repitieron la operación, Volvieron a la acera, como si salieran de una casa vecina, y Jeff pasó su brazo sobre el hombro de Ada. Silbando una tonada, sin ocultarse a nadie, pasaron ante el aparcado coche comercial de una cadena de lavanderías y tintorerías.

Apenas lo habían rebasado sin incidentes, cuando una fría voz dijo a su espalda:

—No tan de prisa, Killard. Párense en seco los dos, o lo lamentarán.

Ada murmuró algo entre dientes, asustada. Jeff se detuvo, sintiendo un frío sutil en su espina dorsal. Conocía aquella suave voz educada. El joven de gafas del estudio de televisión, Un federal. Seguramente su peor enemigo en estos momentos.

—¿Qué ocurre ahora, sabueso? —preguntó, volviéndose—. ¿No puede uno pasear con su novia por la noche? ¿Es delito hacerlo por este barrio acaso?

—Usted sabe por qué le detengo, Killard, no me venga con cuentos —silabeó fríamente el joven federal Knowles, a quien flanqueaban dos hombres con las manos sepultadas en los bolsillos—. Vengan acá los dos. Dentro de la furgoneta, por favor. Es una orden. Soy Harry Knowles, inspector jefe de Seguridad Nacional en el FBI.

—¿Qué piensa hacer ahora? —masculló Jeff, avanzando con su compañera—. ¿Pegarme otra paliza o hacerme asesinar, como lo intentaron usted y sus hombres en el vertedero de basuras?

—Usted causó allí la muerte al pobre Gleason, mi compañero —habló con dureza el federal—. Va a lamentarlo toda su vida,

chupatintas.

—Yo entonces no sabía que existían plantas capaces de matar, federal.

—Vaya, ¿conque lo sabe y todo? —Una sonrisa maligna desfiguró las facciones amables del joven funcionario del Gobierno—. Veo que ha ido demasiado lejos. Tendremos que silenciarle por un tiempo.

—Déjela a ella, cuando menos —pidió Jeff, señalando a Ada—. No tiene nada que ver en esto. Es una buena amiga, una chica que no entiende de ciertas cosas y no hablará.

—Miente, Killard. Ella sabe lo mismo que usted. Ahora no puedo dejarla ir bajo ningún concepto.

—Entonces, ¿qué hará? ¿Asesinarnos a los dos?

—A usted le volaría los sesos gustosamente, pero me han prohibido ciertos excesos, en nombre de la democracia —rió huecamente Knowles—. De modo que tendré que conformarme con enviarles a los dos a cierto secreto centro médico donde, sometidos al afecto de drogas sedantes y narcóticas, reposarán durante todo el tiempo que sea preciso, hasta que la situación esté controlada.

—Empiezo a entender bien lo que sucede, Knowles. El FBI no es el culpable. Tampoco el Gobierno —murmuró Jeff, agresivo—. Es usted. Sólo usted. Knowles. Es un paranoico, un maníaco de autoridad y de poder. Un totalitario que no gusta de métodos democráticos, un frío burócrata de ideas reaccionarias, capaz de todo por un falso patriotismo que no es sino soberbia, complejo de superioridad y megalomanía profesional. Seguro que aspira a hacer méritos para llegar a ser secretario de Justicia o presidente de los Estados Unidos, siguiendo una línea dura, brutal, represiva e implacable. Conozco a los tipos como usted, Knowles. No son auténticos americanos, ni tan siquiera ciudadanos dignos de tal nombre. Hacen más daño a su patria y a su Gobierno que los mismos traidores y antiamericanos, nombres que sin duda daría usted a personas honestas y amantes de la verdad y de la sinceridad, como yo y tantos otros...

—¡Cállese, cerdo! —rugió Knowles, muy pálido, centelleándole los ojos tras los lentes que espejeaban a la luz de la farola cercana—. ¡Adentro los dos, pronto!

Y disparó su mano contra el rostro de Jeff, abofeteándole

duramente por dos veces mientras sus acompañantes parecían vacilar ante el comportamiento de su jefe. Jeff se dispuso a obedecer, porque no podía hacer otra cosa. Ahora sabía que aquel hombre sí era capaz de matar, justificando el crimen con su concepto del deber y la disciplina policíaca.

—¡Quietos todos ahí! —gritó una potente voz con megáfono, inundando la calle de ecos—. ¡Es una orden de la policía! ¡Obedezcan todos o hacemos fuego!

Un resplandor de focos súbitamente encendidos invadió la calle de luz. Bañados en esa blanca, cegadora claridad, quedaron los tres federales y su arrestado. Knowles juró brutalmente, agitando sus brazos hacia las luces que le cegaban.

—¿Es que se han vuelto locos? —bramó airado—. ¡Soy federal! ¡Somos el FBI cumpliendo una misión especial de alta seguridad! ¡Apaguen esos focos y márchense! ¡No les necesitamos aquí para nada!

Tras los focos, se oyeron cerrojos de armas automáticas, situándose en posición de disparo. La voz del megáfono, que ahora identificó Killard, fue autoritaria, tajante:

—Escuchen, federales. Somos la policía de esta ciudad, y ésta es una calle de Los Ángeles, les guste o no. No toleramos secuestros ni violencias. Identifíquense todos, uno a uno, suelten sus armas y hablaremos. En cuanto a ustedes dos, Killard, apártense de la línea de tiro por si a esos patanes se les ocurre ofrecer resistencia.

—No dispare, no sea estúpido —jadeó Knowles, muy pálido—. Tengo atribuciones sobradas para darle órdenes, sea usted quien sea...

—No en mi jurisdicción, federal —rió el policía—. Soy el teniente Barrows, de Homicidios, y ésta es mi ciudad. Si los hombres del Gobierno quieren meterse en mis dominios, tendrán que justificarlo exhaustivamente. Y eso sólo se hará en el Departamento, adonde vamos a ir todos, les guste o no, ¿está bien claro? Sepan que mis hombres tienen orden de disparar a la menor señal de resistencia, sean ustedes federales o marcianos. De modo que alcen los brazos y suelten sus armas lo antes posible.

—Está bien, obedece —ordenó Knowles, lívido de rabia—. Ese salvaje es capaz de hacer lo que dice, si le damos pretexto para ello.

Los federales soltaron sus armas. Otros dos miembros del FBI

salieron de la furgoneta, sin oponer tampoco resistencia alguna. Un verdadero ejército de policías uniformados, provistos de subfusiles, rodearon la zona, obligándoles a ir hacia sus propios coches patrulla.

El teniente Barrows, ceñudo, se encaró con Jeff Killard y con Ada. Esta última desvió la mirada, enrojeciendo.

—¿Conque traicionándome con este reportero? —farfulló Barrows, dirigiéndose a su secretaria—. Va a tener que explicarme eso muy detalladamente, jovencita.

—Sí..., si, teniente —musitó ella—. Sólo pretendía ayudar a Jeff... en un asunto que podía significar mucho peligro para él...

—Eso ya lo he visto —rió Barrows, guiñando un ojo a Killard—. Por eso monté vigilancia en torno a esta zona. ¿Me creía idiota, Killard? Una cosa es que esos malditos tipos de Washington me obliguen a mantener silencio, y otra que no piense un poco y me dé cuenta de ciertas cosas. ¿Encontró algo en su merodear nocturno?

—Me temo que si, teniente —afirmó Jeff—. Llevo algo para el laboratorio de la policía. Por eso me ayudó Ada. No es ninguna traición. Quería que usted, al menos, supiera lo que está sucediendo...

—Bien. Entonces, vamos allá. Cuanto antes sepamos lo que ocurre, tanto mejor. Si es tan grave como pienso, va a haber que tomar medidas urgentes.

CAPÍTULO VIII

—Tenía usted razón, Killard. Es muy grave. Mucho más de cuanto imaginé —confesó sombríamente el teniente de Homicidios, depositando sobre la mesa un pliego mecanografiado, con el membrete de los laboratorios de la policía de Los Ángeles.

—¿De qué se trata? —quiso saber Jeff, ceñudo.

—Al parecer, un virus o una bacteria, no están seguros aún. Eso lleva cierto tiempo de comprobación. Pero sea como sea, un organismo vivo que mata en pocas horas, terriblemente virulento... y sin antídoto conocido. Se transmite a la sangre de inmediato, provocando una intoxicación masiva que termina con paro cardíaco irreversible. De ese mal debió morir el hijo de Beswick, como imaginé. Y también ese asesino, Graham, en Chicago, tras pincharse en esas plantas cuando mató a Beswick. Ahora ignoramos cuántas plantas habrá dispersas por ahí, con el mismo mal mortífero en sus espinos...

—Creo que ha llegado el momento de exigir respuestas al Gobierno, al Pentágono y esa base misteriosa que montaron en Riverside County. Allí sospecho que nació el tal virus o bacteria, resultado de investigaciones químicas para obtener nuevas armas bacteriológicas o víricas. Algún incidente imprevisto liberó a esos microorganismos mortales, y por una razón que ignoro, anidaron en plantas y flores.

—Sí, Killard. Usted tiene razón —convino sombríamente Barrows—. Y esta vez no va a silenciarme nadie, ni siquiera el FBI o el propio presidente de los Estados Unidos. Ese Knowles no puede convertirse en el inquisidor oficial de la nación, no voy a tolerarlo. Hablaré primero con el secretario de Justicia. Luego, creo que voy a citar en mi despacho a todos los directores de periódicos locales,

emisoras de radio y de televisión. Y a ver quién es el que trata de impedirlo, Killard.

El joven sonrió, guiñando un ojo a Ada, por encima del hombro del teniente.

—Creo que ahora sí está en el buen camino, teniente —admitió con un suspiro—. Se debe evitar el pánico, conforme. Pero no es mediante una conspiración de silencio y de represión como se evitará que esos vegetales sigan asesinando a ciudadanos americanos y confiados...

* * *

Era una reunión muy especial. Y como desagravio a un hombre honesto y decidido, el propio coronel Burns, jefe de la Base Zeta, de experimentación de armas bacteriológicas y medios defensivos y ofensivos sofisticados, por cuenta del Pentágono y la Casa Blanca, esa conferencia especial tenía lugar en un confortable, amplio salón de la emisora de televisión local KCOP, de la ciudad de Los Ángeles, en su edificio central y estudios del número 915 de North La Brea, Hollywood.

Alrededor del jefe militar se hallaban sus ayudantes personales, especialistas y científicos de la Base, agentes federales e incluso un alto dignatario de la Casa Blanca, asesor personal del presidente, recién llegado de Washington, D. C., en vuelo oficial. Y con ellos, directores de Prensa, radio y televisión.

—Bien, caballeros —comenzó con voz clara y rotunda el coronel Burns—. Ustedes saben que la experimentación de nuevos ingenios bélicos, ya sean químicos o físicos, no son materia exclusiva de nuestro país, sino de todas las grandes potencias actuales. Es posible que cometamos errores e incluso imprudencias, pero es un riesgo que toda investigación similar debe aceptar, con todas sus consecuencias. De otro modo, la energía nuclear no hubiese llegado a lo que hoy es, ni los nuevos medios de defensa y ataque existirían. El país que se hubiera limitado a una investigación rutinaria de los medios bélicos estaría irremisiblemente condenado al fracaso, a merced de cualquier adversario poderoso. Es, por tanto, un peligro que todos debemos aceptar como algo irremediable en nuestros días. Los errores y fallos son menores de lo que parece. Aun así,

sabemos que en la URSS y en China ha habido accidentes nucleares con numerosas bajas humanas, y nosotros mismos hemos tenido más de una tragedia en nuestras propias experiencias. Pero eso no puede ni debe detenernos en nuestra voluntad de estar debidamente protegidos de cualquier enemigo futuro.

Hizo una pausa, contemplando a cuantos le escuchaban, y añadió después, con un leve carraspeo:

—Todo esto no lo digo en plan de justificación de un terrible error capaz de provocar el incidente que nos afecta, señores. Ciertamente que el federal Harry Knowles pecó de negligencia, y que un jardinero de la Base cometió un error al volante de su furgoneta, pero todo eso desencadenó un desastre que estamos intentando paliar como sea. Alguien ha comentado que esto es como una nueva peste, una epidemia propia de tiempos medievales, trasladada a nuestro tiempo por culpa de la estupidez humana. No discutiré esa teoría. Incluso admito que probablemente le sobre razón para juzgarnos a todos tan duramente. Sólo puedo defenderme exponiendo el argumento de que ese riesgo existe siempre. Y no es provocando el pánico en la gente como se solventa la situación. Pero tampoco reprimiendo la verdad ni aplicando métodos fascistoides y tiránicos a una sociedad democrática y libre como la nuestra. Knowles, del FBI, cometió dos errores graves, impropios de un hombre de su responsabilidad. El primero de ellos, el más disculpable, fue el de no saber valorar el riesgo que corría al trasladar las muestras del nuevo virus a un helicóptero, para su envío a Washington, que originó el trágico accidente. El otro, intolerable e indigno por completo, fue pretender enmendar su error aplicando tácticas dictatoriales y represivas para que tal fallo y sus consecuencias no fuesen del dominio público. Ello le ha costado, de momento, su puesto en el FBI. Y creo que será procesado por sus métodos indignos, en un futuro inmediato.

Killard suspiró aliviado. El coronel le miró, no pudiendo disimular una sonrisa.

—Sí, señor Killard —asintió—. Comprendo muy bien su satisfacción ante esa noticia. Hombres como Knowles sobran en cualquier país libre. El y tres o cuatro de sus principales colaboradores tienen que ser forzosamente depurados, para que el FBI no se convierta en una especie de Gestapo o KGB. Nadie va a

perseguirles desde ahora ni prohibir sus programas de televisión. Eso sí, les he reunido aquí con el ruego de no magnificar los hechos y dar un cariz sensacionalista a lo que sucede. El pánico colectivo puede ser el peor enemigo que encontremos para detener esa terrible epidemia.

—Estamos de acuerdo, coronel —asintió el director de una importante cadena de rotativos—. Es más, nosotros colaboraremos todos gustosamente, en una tarea común de ayuda a resolver el problema sin estridencias ni silencios. Como debe hacerse: digna y civilizadamente, unidos todos en una tarea común.

—Me alegra que vean así las cosas, caballeros —ahora fue el coronel quien emitió un suspiro de alivio—. Aceptaremos nuestras propias responsabilidades en el caso, como el haber pecado de negligencia en el modo de deshacernos de desperdicios peligrosos, en un vertedero cercano a la base, aunque es cierto que por entonces no podíamos saber que esas plantas contaminadas fuesen a servir de perfecto caldo de cultivo al virus, para multiplicarlo y fortalecerlo. Pero eso no obsta para que seamos responsables en gran parte de lo que sucede. Varios encargados del servicio de recogida de basuras de la Base van a ser también expedientados y responderán de sus errores ante una Comisión. No nos duelen prendas. Pero informar abiertamente al público de lo que sucede, sería contraproducente. Como lo será seguir callado, por supuesto.

—Sugiero una cosa —dijo Jeff Killard, alzando un brazo.

—Diga, señor Killard —le pidió el coronel Burns.

—Digamos la verdad a la gente. Y, a la vez, no seamos sensacionalistas. Que todos cooperen voluntariamente con nosotros.

—¿En qué forma? La idea es buena, señor Killard, pero difícil de llevarla a la práctica sin provocar pánico.

—Es sencillo. De momento, ocultemos el origen real del virus, en tanto se halla el antídoto. Pero advirtamos a todos de que existe una plaga o epidemia que se propaga mediante vegetales de tipo espinoso. Que la gente se deshaga de toda planta, flor o vegetal que pueda arañarle o herirle. Estoy seguro de que todos colaborarán con entusiasmo, procurando no tocar con sus manos ni con parte alguna de su piel esas plantas, que pueden ser recogidas y exterminadas en toda California por equipos especiales. Cuando exista el antídoto, se les informa del resto. Lo importante no es que sepan de dónde

procede el mal, sino cómo evitarlo.

—Una buena idea —el coronel miró a todos—. ¿Están dispuestos a colaborar en esta primera campaña preventiva, señores?

Algunos de los presentes no parecían totalmente decididos a apoyar incondicionalmente al Gobierno en esa actitud de medio encubrimiento de la cruda verdad, pero al final se impuso la cordura.

Y se votó por unanimidad que Prensa, radio y televisión cooperarían con todo su peso a destruir el mayor número posible de plantas venenosas y ayudar a los ciudadanos a deshacerse de ellas rápida y eficazmente, sin riesgo para sus vidas. Los niños, especialmente, serían mentalizados para no tocar ni rozar plantas de ningún género durante un cierto tiempo.

—Gracias a todos, señores —murmuró cansadamente el coronel cuando se puso en pie lentamente, con aire de haber envejecido diez años en sólo una semana—. No saben lo que aprecio su ayuda, su comprensión, su buena fe... con hombres como usted es como se puede salvar una crisis nacional, por grave que sea, no con seres como Harry Knowles, capaces de convertir a los humanos en simples masas de esclavos. Buenas tardes, y Dios les premie su sensatez y generosidad.

Los presentes fueron abandonando la sala de reuniones. El jefe de programación se aproximó a Jeff con gesto abatido.

—Espero que vuelvas con nosotros —murmuró—. Te está esperando tu programa. Y podrás decir en él lo que quieras, como hiciste siempre. No me opondré a que desenmascares a ese maldito federal, el tal Knowles...

—No es momento de tirar piedras contra el propio tejado, Matt —rechazó vivamente Jeff—. No es así como se construye una sociedad fuerte y capaz de defenderse de sus enemigos. No hablaré de Knowles ni de sus métodos mientras el virus asesino no esté controlado y exista un suero contra sus efectos. El silencio impuesto es lo peor que puede existir. Pero también el sensacionalismo estúpido y demoledor de quienes sólo buscan vender un producto, sea un periódico, un programa de radio o un espacio de televisión, amigo mío.

Y sonrió, palmeando el hombro de su compañero, como prueba inequívoca de que volvía sin rencores a su casa de siempre, la

emisora de TV local, la KCOP.

CAPÍTULO IX

—Pobre muchacho... —suspiró Ada Markham, contemplando a la gente reunida para celebrar el funeral por el infortunado Pat Beswick, el hijo menor de los Beswick, en la iglesia católica de Santa Mónica—. Sólo siete años... y tuvo que encontrar una muerte que ni él mismo llegó a entender jamás...

—Por fortuna, eso está a punto de terminar —dijo en voz baja Jeff, al lado de la bella secretaria del teniente Barrows—. Las noticias son optimistas. El laboratorio del Gobierno está muy cerca de encontrar el suero. Y la gente se deshace de las plantas peligrosas con gran sentido cívico.

—Sabía que la verdad siempre perjudica menos que la mentira y el engaño —habló ella dulcemente—. La gente como Knowles no tiene sitio en un país como éste, Jeff.

—Ésa es nuestra gran suerte, Ada. Nunca permitiremos que nadie coarte nuestras libertades. En ellas está lo mejor de nosotros mismos y de nuestro sistema. Quizá si desde el primer día se hubiera dado publicidad a todo esto, personas como ese pobre niño, algunos granjeros de Riverside County y otros, no estarían ahora muertos. Pero eso ya no tiene remedio. Confiemos, al menos, en el futuro inmediato.

Ada asintió, mirando con pesar a quienes presidían el funeral: una mujer todavía joven y hermosa, con un niño de nueve años, ambos vestidos de oscuro, ella con velo sobre el rostro, patética imagen del dolor y la tragedia de una familia que, en sólo pocas fechas, había conocido por dos veces el golpe helado de la muerte.

—Y ahora, ¿qué va a ser de la señora Beswick y su hijo? —preguntó la joven en un murmullo.

—Lo que es de todos los que sobreviven. —Jeff se encogió de

hombros con fatalismo—. Seguir viviendo, se sufra lo que se sufra, Ada. Al menos, la muerte del niño fue un desdichado accidente que nadie pudo evitar. Pero mucho peor es aún el asesinato frío y deliberado, la muerte de un ser querido, a manos de alguien que cobró por ese crimen, sin saberse nunca qué mano puso las monedas en la mano criminal...

En ese momento, mientras el sacerdote hablaba emocionadamente, en recuerdo del niño sepultado, y la madre sollozaba de forma ahogada bajo su oscuro velo, una figura se aproximó furtivamente a Jeff Killard y a la muchacha. Se situó tras ellos dos, en el banco posterior. Jeff vio su sombra proyectarse sobre el libro religioso de oraciones que Ada, buena católica californiana, sostenía en sus manos. Se volvió instintivamente, al notar algo familiar en la silueta de aquella persona.

—Usted... —susurró Jeff, sorprendido.

La mujer asintió, sonriendo débilmente. Vestía sencillamente de oscuro, y parecía profundamente afectada, en medio de la ceremonia religiosa en memoria del pequeño Beswick, el niño víctima de las flores mortales de su propio jardín.

—Yo misma —asintió ella gravemente, en tono muy bajo, como un susurro—. ¿Le sorprende?

—Un poco, señora Graham —asintió Killard, todavía perplejo—. ¿Qué hace usted en Los Ángeles?

—Vine en su busca.

—¿En busca de mí? —Enarcó las cejas Jeff, mientras Ada Markham estudiaba de soslayo a la viuda de Gary Graham, el asesino profesional.

—Así es. Me dijeron que lo encontraría aquí. Y venido a verle.

—Supongo que, para usted, debe resultar algo violento permanecer aquí, señora Graham —murmuró Jeff Killard—. No es que tenga culpa alguna de nada de cuanto sucedió, pero resultaría difícil explicarle a la señora Beswick qué hace aquí la viuda del hombre que disparó sobre su marido...

—Lo sé —una amarga sonrisa flotó por los labios de la señora Graham en ese momento. Jeff creyó captar algo enigmático en ella—. No permaneceré aquí mucho tiempo más, se lo aseguro. Yo misma me siento cohibida, angustiada. No es fácil olvidar lo que hizo mi esposo en Los Ángeles, en otros sitios, créame... Pero ya

que le he encontrado, señor Killard, le daré algo que he encontrado entre las cosas de mi difunto esposo. Ni siquiera la policía sabe que existe. Lo descubrí revisando unos viejos libros de él, en el desván. Guardaba allí algunas cosas que irá ahora a manos de la policía. Pero ésta, en particular, deseo que sea para usted, señor Killard. Usted me cayó bien en Chicago aquel día. Puede suponer para usted una buena noticia, y para alguien... un justo castigo, como el que Dios reservó entonces a mi marido. Es todo. Buenos días, señor Killard.

Y deslizó, entre los dedos de Jeff, un sobre cerrado, doblado en dos, que el joven reportero se apresuró a guardar con rapidez entre las hojas de su libro de oraciones.

Cambió una mirada de perplejidad con Ada. Giró la cabeza después. La señora Graham ya se había marchado.

Continuaba el funeral. Jeff fingió seguir orando o cantando con los demás asistentes a la ceremonia. Pero en realidad, sus dedos rasgaron el sobre disimuladamente, y desplegó la hoja de papel que había dentro. Leyó aquel escrito hecho a mano, con letra clara y bien legible.

Su rostro se ensombreció. Apretó los labios, respirando hondo. Ada no le perdía de vista, sin saber qué estaba sucediendo exactamente. Jeff dobló de nuevo el papel y lo guardó en su bolsillo, como si nada sucediera. Pero la muchacha advirtió la expresión taciturna y sorprendida de él, durante el resto del oficio religioso.

* * *

La ceremonia había terminado.

Fuera, en la calle, les aguardaba un día de sol radiante, de cielo despejado y sin nubes. La gente, tras expresar su dolor a la viuda Beswick, que mantenía apretado contra sí a su hijo mayor, se iba dispersando a un lado y otro de la concurrida calle. Finalmente, la familia Beswick se dirigió al coche oscuro que esperaba en la esquina inmediata para conducirles fuera de la ciudad.

Jeff Killard y Ada Markham permanecieron en la acera, ante la puerta del templo católico. El parecía esperar algo. Cuando ya apenas quedaba nadie, se aproximó a los Beswick, tras pedir a Ada

que le aguardase un momento.

—Mi sincera condolencia, señora Beswick —dijo a la viuda con tono grave, estrechando su mano—. En estos momentos, su hijo hubiera podido salvarse. Ya están aplicando el suero con éxito a las personas dañadas por las plantas tóxicas...

—Lo sé —dijo la dama tristemente, mirándole con ojos ensombrecidos—. Desgraciadamente, para Pat fue demasiado tarde el remedio... Ya nadie puede hacer nada por él.

—Así es —la miró, pensativo—. Señora Beswick, ¿podríamos hablar un momento a solas usted y yo?

—Por supuesto —ella reflejó su extrañeza en el gesto, e invitó a su hijo—: Ve al coche, con nuestro chófer, querido. Yo me reuniré en seguida contigo.

El niño asintió, alejándose lentamente hacia el automóvil oscuro. La dama miró de nuevo a Jeff, con expresión interrogante.

—¿Y bien, señor Killard...? —comenzó.

—Verá, señora Beswick. El asunto que voy a exponerle es algo delicado. Éste no es el momento adecuado, pero quiero hablarle ahora para que, con esta breve charla, quede definitivamente cerrado el caso que tanto me ha complicado la vida desde que se inició.

—¿Puedo yo ayudarle en algo a cerrarlo?

—Creo que sí, señora —pasearon un poco por la acera. Jeff habló de pronto—: ¿Era feliz realmente con su esposo, Norman Beswick?

Ella se sorprendió visiblemente. Se detuvo. Miró a Jeff.

—¿Por qué me pregunta eso? —indagó.

—Me gustaría que me respondiera a eso, simplemente.

—Le diré que llegué a ser muy feliz con él, sí.

—Pero no en los últimos tiempos, ¿verdad?

—No sé cómo lo supo, pero así es. Últimamente, las cosas no iban demasiado bien entre nosotros, lo admito. Eran cuestiones muy íntimas.

—Comprendo. ¿Cuestiones como la que tenía lugar la noche en que lo mataron, señora Beswick?

—Sí... —musitó ella.

—Usted le amaba mucho. Y él la engañaba con otras.

—Así es. No resulta ninguna novedad. Usted ya sabía eso.

—Pero no sabía que una mujer demasiado enamorada de su esposo, al verse engañada una y otra vez, burlada apenas vuelve la espalda, con cualquier mujer, vecina o amiga, desconocida o colaboradora en su trabajo, puede sentir profundos celos al verse humillada y no correspondida en su amor.

—Creo que hablar de todo esto no conduce ya a nada, señor Killard —cortó ella fríamente, con impaciencia—. Es mejor dejarlo y tratar de olvidar. A fin de cuentas, Norman está muerto. Todo eso se terminó.

—Sí, señora Beswick. Todo eso se terminó. Un asesino profesional, pagado por alguien, mató a su esposo. Pero eso no es una solución.

—No he dicho que lo fuese.

—Entonces, ¿por qué pagó usted a Gary Graham para que asesinara a su marido?

Ella le contempló estupefacta, a través del velo gris que caía sobre su rostro. Jeff captó la crispación de sus manos, la repentina palidez de aquella faz, el sobresalto y el horror que asomaba a los ojos de la viuda.

—Pero... ¿qué dice? —jadeó ella—. ¿Cómo se atreve a..., a semejante infamia, a una atrocidad semejante, señor Killard?

—Es inútil fingir, señora —suspiró el joven, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Tengo la carta que usted escribió a Gary Graham, acordando el pago por su crimen. Eso explica que usted estuviera lejos de su casa, con los niños, en el momento elegido para el crimen.

—Usted delira y me ofende, al mismo tiempo —dijo ella, con voz ronca, alterada—. Todo el mundo sabe que algún agente extranjero infiltrado en el país preparó la muerte de Norman...

—¿Por qué habría de hacerlo nadie? Norman Beswick era sólo un peón más en una partida de grandes proporciones. Varios químicos trabajaban en el proyecto de una nueva arma química. Matarle no conducía a nada ni beneficiaba a nadie. Hoy he comprendido, leyendo esa carta, que hemos sido todos muy estúpidos al no pensar en la posibilidad de que hubiera otro motivo para ese crimen. Un motivo real, auténtico, no una vaga teoría sobre un criminal extranjero ni nada de eso. Los servicios de Inteligencia de cualquier país se bastan por sí solos para ejecutar a

alguien, sin necesidad de adquirir los servicios de un hombre como Graham, señora Beswick. Pero que usted dispusiera esa muerte por celos, por rencor, sí tiene sentido. Y mucho.

—Permita que me marche, señor Killard. Está completamente loco, si cree que nadie va a creer semejante estupidez. Sabe que puedo demandarle por...

—No, señora Beswick. No puede. Tengo la prueba —extrajo el papel doblado, que agitó ante ella—. Le repetiré la última frase de esta misiva, para que vea que no miento. «Señor Graham, he podido comprobar su total lealtad a los clientes que le contratan para esta clase de trabajos. Confío en usted. Cuando todo esté hecho, recibirá la segunda cantidad de dinero de la forma convenida, a través de la persona que nos puso en contacto. Todo en billetes usados de poco valor, como usted exige en sus condiciones. Espero que no falle. Atentamente: Sada».

—Mi nombre no es Sada, señor Killard —replicó glacial ella, mostrándose más nerviosa cada vez.

—¿Está segura? —sonrió Jeff irónico—. He preguntado su nombre de pila a unos amigos. Me han informado, duran te el funeral, de que usted se llama Yvonne S. Beswick. Creo que no costará mucho comprobar que esa letra S. corresponde a su segundo nombre, Sada^[1].

Estaba lívida, temblorosa. Parecía a punto de desvanecerse.

—Esa carta... —jadeó—. ¿Por qué el maldito Graham tuvo que guardarla?

—Al parecer, era costumbre suya. Guardaba todos los documentos relativos a sus trabajos. Tal vez una forma de guardarse un poco las espaldas si las cosas iban mal dadas. Nunca utilizó esos documentos, pero los conservaba. Ahora, casi todos irán a manos de la policía. Menos éste, que yo soy quien lo posee y lo conoce. Sólo yo, señora.

—Y... ¿cuál es su precio? —musitó ella, dándose ya por vencida.

—Ninguno, señora —suspirió Jeff—. Yo no me vendo.

—Entiendo. Va a hacerlo público en su espacio de televisión...

—No, eso tampoco. Si usted confiesa espontáneamente su culpa, si va a la policía y declara la verdad... yo no diré nada en mi espacio informativo. Ni saldrá de mis labios una sola palabra al respecto.

—Mi hijo me necesita, señor Killard —susurró ella, patética—. Está solo en el mundo, ahora que su hermano ha muerto... ¿Cree que es justo dejarle así?

—¿Acaso era justo hacer matar a un hombre, señora? —replicó Jeff—. Sin ese crimen, su hijo no estaría solo ahora.

—Sí, tiene razón —admitió, cansadamente, inclinando la cabeza—. En cierto modo, ya he sufrido mi castigo. Si ese asesino murió víctima de las plantas tóxicas, también mi hijo sufrió igual suerte. Tal vez Dios quiso así castigarnos a ambos, no sé. Está bien, Killard. Será como usted quiere. Yo también me someteré a la justicia. Pero no a la de los hombres, sino a la misma que condenó a Graham y a mi hijo...

E inesperadamente, saltó de la acera. Jeff trató de evitarlo. No pudo ser. La señora Graham se había lanzado a la calzada en el momento en que un autobús de línea pasaba ante la iglesia, a considerable velocidad.

Saltó justo ante el vehículo. El conductor, aterrado, abrió enormemente sus ojos e intentó el frenazo. No pudo ser.

Embistió a la mujer violentamente, derribándola y pasando sobre ella tras arrojarla contra un poste de alumbrado en el que rebotó sordamente. Cuando frenó, sus ruedas ya habían pasado sobre el cuerpo de ella.

Todos corrieron al lugar del suceso. Jeff y Ada entre ellos. El chófer del coche oscuro se apresuró a cubrir el rostro del niño de los Beswick con sus manos, sin moverse del vehículo, la mirada fija en el cuerpo de la señora Beswick.

—Dios mío, Jeff... —musitó Ada—. Parece muerta...

—Lo está —confirmó él con un suspiro, poniéndose en pie. Tenía el rostro ensombrecido—. Ella eligió ese camino. Ahora ya no podemos juzgarla nosotros. Sólo Dios puede hacerlo. Y dicen que El es misericordioso...

Se apartó llevando a Ada del brazo. La joven le miró, sin entender.

—¿Qué ocurrió realmente, Jeff? —quiso saber—. ¿Qué le dijiste? ¿Por qué tomó tan terrible decisión? Yo vi que se lanzaba voluntariamente bajo el coche...

Killard no contestó. Se limitó a sacar la carta y entregársela a Ada. Ella leyó en silencio, mientras la gente se arremolinaba en

torno al cadáver y sonaba la sirena de un coche patrulla, aproximándose al escenario del drama.

—Cielos... —dijo al fin, devolviendo la carta a Jeff. Le miró, pálida—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No sé. Quizá rompa esta carta en mil pedazos y la olvide.

—¿No piensas utilizarla? Es una información sensacional para un reportero...

—¿Y a quién beneficiaría todo eso? Sólo a mí. Queda un niño solo en el mundo, Ada. Un niño que no sería demasiado feliz al crecer, y enterarse de que su madre fue una asesina y mató a su padre. A veces, vale la pena perderse una primicia así, y recordar que somos humanos después de todo.

—Jeff, eres maravilloso —ponderó ella, emocionada.

—Claro que ahora tú sabes la verdad. Y eres la secretaria de un teniente de Homicidios...

—Yo no sé nada —sonrió Ada, aferrándole la mano efusivamente—. No he oído ni leído nada. La señora Beswick, sin duda bajo una gran emoción a causa de los últimos sucesos, puso fin a su vida en un momento de crisis. Supongo que eso, todo el mundo se lo creerá. El teniente no podría hacer gran cosa con esa información, a fin de cuentas.

Jeff Killard miró a la joven. Tomó sus manos, risueño.

—Tú sí que eres maravillosa —elogió—. Y muy bonita, además. Tengo mucha suerte de contar con una amiga y colaboradora como tú.

—Oh, estás diciendo tonterías, Jeff...

—No es ninguna tontería. A fin de cuentas, yo también necesito una secretaria eficiente para llevar mis asuntos de la televisión. ¿Qué te parece si hago el negocio de mi vida, obteniendo secretaria y esposa por un mismo salario?

—Jeff, ¿de qué estás hablando?

—De ti y de mí, naturalmente. Una emisora de televisión es mucho más divertida que el Departamento de Homicidios. Y yo soy más guapo que el teniente Barrows. ¿No aceptas mi ofrecimiento?

—Jeff, sería maravilloso que hablaras en serio...

—Jamás lo hice más seriamente en mi vida. ¿Qué me respondes?

—¿Y aún lo preguntas? —rió ella, colgándose de su cuello impulsivamente.

Una ambulancia llegaba entretanto a aquel lugar. Ambos interrumpieron su beso a medias. Giraron la cabeza. Vieron introducir el cuerpo de Yvonne S. Beswick en el vehículo, tapado por una sábana.

Se miraron en silencio. Era el fin de una vida, de una tragedia. Y para ellos, era también el principio de algo mejor.

El mundo, a veces, tiene esas paradojas...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] En los Estados Unidos es habitual que se posean dos nombres de pila, o bien que uno se adjudique un nombre cualquiera, a su propio gusto, aplicándolo entre nombre y apellido, aunque normalmente solo se utilice la inicial de ese segundo nombre. (N. del E.). < <